

ARIEL



Boletín antológico de Letras
Artes, Ciencias y Misceláneas

Director: FROYLAN TURCIOS.

Apartado 1622. Teléfono 2138.

SERIE 41.

San José de Costa Rica, América Central, 19 de septiembre de 1942.

NÚM. 121.

SUMARIO:

I. Una carta relativa a Morazán, *Ricardo Fernández Guardia*.—II. ¿Quién sabe!, *Amado Nervo*.—III. Capítulo LI de la novela *El Vampiro*, Vida remota, Marina, *Froylán Turcios*.—IV. La casa paterna, *Georges Rodenbach*.—V. Flores para los vivos, *Dolores*.—VI. Naranjas, *Jaime Torres Bodet*.—VII. Don Rómulo, Salto de Cabañas, *Rafael Heliodoro Valle*.—VIII. El espíritu filosófico, *Moisés Vincenzi*.—IX. Las dudas finales, *Lafcadio Hearn*.—X. Un perro extraordinario. —XI. Acto de introspección, *Hugo Lindo*.—XII. Rubén Darío, *Timoteo Miralda*.—XIII. Casida, *Abenelar*.—XIV. Froylán Turcios agradece el envío de los siguientes libros.—XV. Mi vecina Carmen, *Porfirio Barba-Jacob*.—XVI. ¡Madre!, *Leticia Rivera*.—XVII.

El árbol y la cultura, *Bernabé Riveros*.—XVIII. ¿Quiere usted hacerse estimar?, *Irene Silva Santolalla*.—XIX. Lo que fué, *Eduardo Castillo*.—XX. Página de la vida de Augusto, primer emperador romano, *Oscar von Wertheimer*.—XXI. ¿Dónde será?, *Myriam Francis*.—XXII. Diplomáticos escritores y poetas, *Enrique Finof*.—XXIII. Luces de radium.—XXIV. Juan Manuel de Rosas escritor, *Carlos Ibarguren*.—XXV. Más allá del Istacáuatl, *Amalia de Sotela*.—XXVI. Cómo conocer el oro.—XXVII. La voz de Dios.—XXVIII. Castigo original.—XXIX. Elogio del caballo.—XXX. Las palabras eternas.—XXXI. Conozcamos nuestro idioma.—XXXII. Expresión cristiana, *Victor Hugo*.—XXXIII. Experimentos exactos, *Edmundo González-Blanco*.

LA COLABORACIÓN DE ARIEL SERA SOLICITADA

UNA CARTA RELATIVA A MORAZAN

Don Francisco Montero Barrantes, en sus *Elementos de Historia de Costa Rica*, inserta el texto de una carta fechada en Cartago el 4 de octubre de 1842 y dirigida a una persona residente en Honduras, donde fué publicada a fines de diciembre del mismo año sin la firma del autor. El señor Montero Barrantes la atribuye a don Francisco de Paula Gutiérrez y en esto no se quivoca. Esa carta contiene una relación muy interesante de los acontecimientos del tiempo de Morazán en Costa Rica y en su mayor parte se ajusta a la verdad histórica. Conviene, sin embargo, hacerle algunos comentarios y ligeras rectificaciones.

Confirma el señor Gutiérrez la exactitud de la suposición que hice en mi folleto intitolado *Morazán en Costa Rica*, de haber sido el *Cruzador* el barco que se detuvo frente a Tárcoles el 8 de febrero de 1842, pero no es cierto, como lo da a entender, que Morazán desembarcara en ese lugar; porque según el manifiesto publicado por Carrillo el 10 de febrero, solamente llegaron a tierra en Tárcoles cuatro marineros, que si bien hicieron preguntas muy sospechosas, callaron el nombre del barco y la circunstancia de que en éste viajaban el general Morazán y otros veintidós

militares procedentes de Chiriquí, lo que sin duda no se supo en Costa Rica hasta pasado algún tiempo por cartas de El Salvador o de Nicaragua, con el aditamento falso de que Morazán había desembarcado. Si así hubiera sido, Carrillo no lo habría ocultado en su manifiesto, cuyo objeto era dar la voz de alarma.

En lo que atañe a la rebelión del coronel Molina en el Guanacaste, el relato del señor Gutiérrez adolece de muchos errores, como todos los que se hicieron en aquel tiempo de este suceso, acerca del cual no se ha llegado a saber la verdad hasta hace pocos años, gracias al descubrimiento del proceso seguido en agosto de 1842 contra Molina y sus cómplices.

La carta suministra noticias sobre las bajas que tuvo la tropa de Morazán en los combates del mes de septiembre. Dice que el 11, primer día de las hostilidades, murieron el coronel Manuel Antonio Lazo, edecán del general en jefe Villaseñor, el teniente Francisco Gómez y dos oficiales más, saliendo heridos José Antonio Ruiz y varios otros, entre éstos Felipe Bulnes, uno de los veintitrés pasajeros de la goleta *Izalco* a quienes Carrillo permitió desembarcar en abril de 1840. Añade que en los siguientes días perecieron trece oficiales, de los que sólo menciona al capitán Teodoro Melara. Entre los heridos cita al sargento ma-

yor Ignacio Zepeda, al capitán José María Espinar, ayudante y secretario de Villaseñor, al teniente coronel Ciriaco Bran, a quien por equivocación llama Joaquín Blau, y al teniente Calixto Landa. Los dos últimos pertenecían a la fuerza cartaginesa del teniente coronel Pedro Mayorga, que fué derrotada el 13 de septiembre entre Curridabat y San Pedro de Montes de Oca, y de ella formaba parte el general Rascón, según el señor Gutiérrez, el cual estima el total de muertos y heridos en más de 100 y 200 respectivamente; pero este cálculo resulta muy bajo, salvo que sólo se refiera a las pérdidas de Morazán, como yo supongo, ya que en su relación no dice nada de las que tuvieron los rebeldes, que fueron muchas.

Acerca de la tropa que mandaba Mayorga, don Francisco de Paula dice en su carta que se componía de 60 hombres, y don José Antonio Vigil, en sus *Memorias*, que de 800. Tan notable discrepancia da una buena idea de las dificultades con que suele tropezar el historiador en casos como éste, sobre todo cuando no dispone de documentos de origen oficial. Aquella fuerza no era seguramente ni tan pequeña como lo dice el uno ni tan numerosa como lo refiere el otro. Estimo que calculándola en unos 400 o 500 hombres no se andaría muy lejos de la verdad.

De los cargos que se le hicieron a Morazán a su llegada a San José el 15 de septiembre, tan sólo especifica la carta los dos más graves: primero, haber engañado al pueblo costarricense no cumpliendo las promesas hechas en sus proclamas y tratándolo con tanto rigor; segundo, haber ofrecido a Nicaragua darle el Estado de Costa Rica en calidad de departamento, asegurándole que en éste no había quien pudiera dirigir la cosa pública. El señor Gutiérrez dice que Morazán contestó que esos habían sido *ardides de guerra*, lo que implica que no negó los cargos; pero esta respuesta sólo podía referirse al segundo, o sea al ofrecimiento hecho a Nicaragua, muy probablemente en junio de 1842 y por medio del general Nicolás Angulo y don Manuel Irungaray, comisionados de Morazán ante el Gobierno nicaragüense, siendo así que después del fracaso de esta misión quedaron cortadas las relaciones entre los dos gobiernos.

Relata la carta que Morazán *se confesó muy bien* con el vicario general del Estado; y aunque no dice dónde ni cuándo, se puede asegurar que la confesión se efectuó en Cartago, no sólo porque en esta ciudad residía el

vicario, presbítero don José Gabriel del Campo, sino invocando el testimonio de un testigo presencial, el señor Vigil, el cual refiere en sus *Memorias*, ya citadas, que un anciano sacerdote llegó en la mañana del 15 de septiembre a casa de Mayorga, bañado en lágrimas, para ofrecer los servicios de su ministerio al general Morazán, con quien se quedó un rato a solas; y juzga que el referido sacerdote logró su objeto, porque al salir ya no lloraba e iba lleno de consuelo.

El señor Gutiérrez dice también que Morazán fué al patíbulo por sus pies, *como de paseo*; que a Villaseñor lo llevaron en una silla, por estar gravemente herido de una puñalada que se asestó la víspera en el costado izquierdo, y añade que estaba un poco aletargado a causa de una fuerte dosis de láudano y éter que tomó dos o tres horas antes. Confirma que la muerte de estos dos generales fué obra exclusiva del pueblo sublevado, el cual procedió como juez, acusador, testigo y ejecutor.

Bastante más se puede espigar en esta carta llena de interés, pero lo dejo para otra ocasión.

R. Fernández Guardia.

¡QUIEN SABE!

Les morts font des longs voyages.

Esa indefinible devoción lejana
que vibra en tus cartas, está bien, hermana.

Ese amor vestido de melancolía
tiene una sutil y honda poesía.

Me place que digas que me conociste
quizá en otros mundos, que por mí estás triste;
que en vano me llamas... Me place... Me place...

¡Oh espíritu ausente, ¡cuánto tiempo hace
que los dos nos vimos?

Tal vez tú recuerdes en donde vivimos...

Eso de existencias anteriores, gusta
a muchos. A mí me gusta... ¡y me asusta
por la inenarrable, por la atroz fatiga
de ir viviendo vidas sin cesar, amiga.

¡Qué horror en el dogma brahmánico cabe!
Mas, después de todo, ¡quién sabe! ¡Quién sabe!

Y si el karma quiso, si hoy ya no lo quiere,
es cruel que a mi alma tu pobre alma espere
junto a un mar de sombras, viendo con afán
las olas que vienen, las olas que van...

¡Qué horror en el dogma brahmánico cabe!
Mas, después de todo, ¡quién sabe! ¡Quién sabe!

Amado Nervo.

Capítulo LI de la novela EL VAMPIRO

Gozábamos intensamente de la vida en lo que ésta tiene de más elevado y más puro. Cada ligera expresión vital, cada matiz, cada sonido; un aroma errante; el revuelo de un pájaro o de una hoja seca; un rayo de luna, el brotar de una flor, una nube que pasa, despertaban en nosotros sueños vagos y radiantes, ideas ilusorias, vibraciones ocultas.

El rumor del ángelus velaba nuestras almas con un encaje azulado de oración y de melancolía. Vibraban fúnebremente las campanas de todas las iglesias y los ecos se perdían en la distancia, en los altos boscajes penumbrosos. Un hálito de paz, descendiendo de la celeste inmensidad, adormía en suave letargo los seres y las cosas.

—La música de las campanas—murmuré—arrastra mi espíritu, como si fuera un gran viento sonoro, hacia comarcas lejanísimas, hacia tierras exóticas que los geógrafos no sueñan todavía en descubrir y que quizá no descubrirán nunca. Es como un huracán armonioso que me envuelve en sus giros, me eleva en sus vértigos, y que desaparece inmovilizándome en un paraje solitario poblado de claras corrientes de agua y de musgos de oro. En esos vuelos—aun conservando mi ser su envoltura terrenal—me siento extraordinariamente ágil y como guiado por una mano misteriosa.

—Esta hora grave del *Avemaría*—dijo ella—es de una solemnidad tan profunda que me produce casi un dolor. Extraños pensamientos, sensaciones arcanas me adormecen en éxtasis irreales, de los que regreso estremecida. ¿Qué he mirado en esos rápidos instantes de lúgubre o fúlgido sueño? Cosas ligeras y vagarosas que son como almas de las inquietudes terrenas. Fantasmas errantes, perfumes y colores y músicas que no existen, que jamás han existido, que nunca existirán. Son como sueños de otros sueños. ¿No te ha pasado soñar algo dulcísimo e impalpable dentro de un sueño prosaico y normal? ¿Y despertarte en la medianoche frente a esos dos sueños: el uno vivo y alucinante, y el otro, desenvuelto en el anterior, en una imprecisa lejanía de quimera, pálido y sin contornos? Es muy raro esto; pero verdadero en su visión extrahumana.

—¿Volverán a la tierra las almas de los muertos? En un cementerio he sentido la impresión de que quizá no morimos del todo, de que un átomo inmortal puede cruzar en un segundo la vida. ¿No serán los sueños, a veces, reveladores del paso de esas almas? Esos éxtasis en que, de improviso, cae el espíritu, ¿no serán los instantes en que pasan por nosotros las almas de nuestros antepasados en su eterna rotación inmutable por lo misteriosos infinitos?

—Bien pudiera ser, Rogerio. Cuando yo vuelvo de esos indecisos viajes me siento como espiritualizada, como alejada de la tierra. Traigo de esas excursiones como una suave sensación etérea, como el tenue resplandor de un país de encanto, como un aroma sideral en los cabellos. Me sorprenden las personas que me rodean, como si nunca las hubiera visto, como si fueran extrañas a mi corazón. Sólo tú vives entonces—más hondamente que nunca—junto a mi espíritu, dentro de mi espíritu, y como si constituyeras mi alma y mi propio pensamiento. Y me gusta sumergirme en esa fugaz embriaguez visionaria, morir un segundo para resucitar adorándote con un amor inconcebible y eterno que ningún otro hombre ha inspirado jamás.

Oíala con los ojos fijos en sus ojos, grave y feliz, como si escuchara una celeste música. Las recónditas palabras salían de sus labios con una intensa dulzura misteriosa, como si su alma las dijera dentro de mi alma.

Y las campanas continuaban sonando en el aire sereno, muriendo

los ecos en los ámbitos remotos colmados de sombra. Perdíase, al fin, lentamente, quiméricamente, el vago gemir plañidero con el último fulgor solar sobre la cumbre de la sierra, y la ciudad quedábase adormecida en el misterio de la noche.

También era cierto que jamás mujer alguna había inspirado una pasión tan sobrehumana. Yo la amaba con todos los amores, con todos los amores que pudieran caber en cien almas complejas. La sentía en mí y fuera de mí, como parte substancial de mi propia vida y como un desdoblamiento de mi personalidad. Absolutamente identificados en los mismos deseos; unidos, de manera indisoluble, por la secreta ley que rige los instintos y los temperamentos, comprendía que lo mejor y más noble de mi ser estaba en ella, y que sin ella habrían permanecido, inmutablemente inmóviles, mis fuentes interiores de emoción y de sueño.

Ante una joven normal, ante una de esas bellas jóvenes que iluminan los salones de las fiestas, mi espíritu hubiérase quedado impassible y hermético, esterilizado ante la vida. Aun creciendo juntos en la soledad de aquella vasta casa, entre la perenne complicidad de las horas y de las cosas, nada habríamos tenido que decirnos que afectara nuestros espíritus.

Mi destino, el ignoto destino que me impulsa hacia todas las cumbres y hacia todos los abismos, me deparó esta criatura excepcional, producto, tal vez, de una profunda selección elaborada pacientemente en el seno de cien generaciones.

.....
¿Merecía yo el inefable amor de aquella joven divina? ¿Era digno de su sobrenatural hermosura?
.....

Ella, en verdad, era única en la tierra, por la perfecta comprensión de las cosas más hondas y sutiles, por el sentimiento amplio y definitivo de la Belleza, por la absoluta intensidad de la emoción y por el prematuro dominio sobre las ideas y sobre las palabras. Alma precozmente llena de sinceridad y de pasión, nada tenía que ver con las otras almas de mujeres. Su misma forma física, tan original hasta en sus menores detalles, tan armoniosa y tan dulce, la alejaba del tipo común de los seres de su especie. Había en ella una magnética atracción dominadora, que no provenía tanto de la íntima gracia exterior como del imán delicioso de su aire, de su mirar y de su voz. Vibraba todo su ser en su acento, y era casi taciturna, sobria de ademanes y de expresiones. Dando a cada vocablo su gráfico sentido, sus ideas encontraban fácilmente el melodioso molde verbal. Yo buscaba, en mis insomnios pensando en ella, alguna fascinadora beldad a quien compararla, siquiera fuese en su corporal figura peregrina. Inútilmente hacía desfilar, una por una, ante mis ojos, a todas las jóvenes preciosas que yo conociera. Eran insignificantes ante su mágica presencia. Acudía a las ideales visiones femeninas de la Historia o de la Leyenda y todas palidecían frente a la blanca virgen cuyo celeste amor perfumaba mi corazón.

Froylán Turcios.

LA CASA PATERNA

(Traducción de Alfonso Acevedo Díaz)

Inolvidable es la morada
que en la niñez me sonreía.
Casa paterna, todavía
la mejor y la más amada,
Muros de papel florecido

al que contábamos las rosas
en días de fiebres morosas
con lento mirar dolorido.

Allí, en Noel, por la ventana,
dormían los finos calzados,
Cuántos detalles ya olvidados
surgen al son de una campana,
Aquí dió los primeros pasos

hacia diciembre una hermanita...
Cada muerto rincón suscita
recuerdos suaves como rasos.

Todo lo mismo. Sólo que las
lunas, temblando, han recogido
el rostro ya empaldecido
de melancólicas abuelas.

Todo en idéntico lugar,
y a la mortuoria luz del día,
guarda eterna la simpatía
de lo que nos es familiar.

Viejos sillones amigables
donde a menudo nos dormimos,
sillones que tanto quisimos,
hoy marchitos y lamentables;

muebles familiarizados
por una inmutable apostura
que nos dan su antigua dulzura
en los salones apagados;

jardín en flor, senda abacial,
vaga huella de nuestras sombras
por corredores y en alfombras,
¡oh santa casa paternal!

Quién puede olvidar tus virtudes
santuario de la edad primera,
si hemos visto por la escalera
bajar amados ataúdes.

Georges Rodenbach.

—En las fronteras de Afganistán y China—
Turkeistán está situado en el sistema montañoso
más alto de la tierra—la sierra de Pamir—que con
sus innumerables cimas de más de 7.000 y algu-
nas de más de 8.500 metros de altura, es consi-
derado como el *techo del mundo*.

FLORES PARA LOS VIVOS

Pasa una gran dama, pasa una gran santa;
respetuosos, reverentes nos inclinamos. Ex-
quisita y encantadora es la dama en su gra-
cia y suavidad, en su delicadeza y sencillez,
en su tacto y discreción jamás desmentidos.
Amable y oportuna siempre, con el raro don
de hacer creer al festejado que es ella la ob-
sequiada. Delicioso de cordialidad y refina-
miento es el santuario de su hogar, reflejo
inmediato de su singular personalidad. Toda
amenidad, toda forma de belleza, todo proble-
ma humano encuentra eco en su amplio y ge-
neroso espíritu. Sin la más leve afectación,
perfectamente adaptada a su ingenua gracia
de niña, tal el rasgo que nos da la medida de

su pureza de alma. Difícil sería decir donde
termina la dama y donde empieza la santa;
profunda y verdaderamente humilde, ella que
ha vivido como una reina. Del santo es su
actitud ante los reveses de la fortuna, ante
determinados hechos que no por consumados
dejan de ser inaceptables, y estamos conven-
cidos de que únicamente ante la imposibili-
dad de prodigar abundantemente sus recursos
materiales—como está acostumbrada a hacer-
lo—lamenta ella la pérdida de su fortuna. Sin
límite en su caridad, siempre es bondadosa
su actitud hacia las debilidades ajenas y su
gesto de piedad es algo que conmueve hon-
damente.

Leve, casi etérea su forma material da la
impresión del fino, fragilísimo cristal antiguo
de Murano; de preciosa obra de arte por lo
rara. Grande es el privilegio de su virtuoso
trato y de su amistad, y un rato pasado en
su compañía nos deja una impresión de fres-
cura y suavidad, de bienestar espiritual.

Pasa doña Cristina Castro Fernández, viu-
da de Keith; una gran dama, una gran santa.
A sus plantas las encendidas rosas del más
puro cariño y los fragantes lirios de la más
fervorosa admiración.

Dolores.

Costa Rica, agosto de 1942.

NARANJAS

Naranjitas de China,
naranjitas doradas
que caen, maduras,
al corral de mi casa,
de una casa vecina
rodando por las tapias...

Naranjitas de oro
que trae, en su canasta,
una niña que viene
cantando desde el alba.
—Naranjitas de China,
¿no me compran naranjas?

¡Ay, cómo me recuerdan
el solar de mi casa
con el color alegre
de sus hojitas agrias!

¡Cuántas cosas me dice
de mi vida lejana
esa niña que viene
vendiendo sus naranjas!

—Naranjitas de China
¿no me compran naranjas?

Jaime Torres Bodet.

DON ROMULO

Al amigo de alma generosa, que tuvo el estímulo y la sonrisa a tiempo, le ha de perpetuar el cariño que aclara su cristal para ser relicario. Le recreaba la lectura de los papeles viejos—como para evadirse del horror cotidiano—y hacía largas excursiones por el ayer, trayendo a la curisidad de los demás la noticia de oro y de luz, a veces un fantasma aprisionado.

Por la ilustre Calle Real de Comayagüela se le veía pasar rumbo al Archivo, a la tertulia con algunos de los personajes a quienes supo arrancar confidencias. Después de Antonio R. Vallejo nadie conocía mejor ciertas intimidades del pasado de Honduras. Con su letra elegante aprisionó fechas, decoró desvaídas estampas, puso oro fino de paciencia para fijar modestas glorias. Lector que no desperdiciaba minutos, paleógrafo que se entretenía dibujando rostros extintos, vivió medio siglo en luna de miel con la musa de los archivos, la que entre el polvo revive imaginarias flores de sol que perfuman el silencio de los jardines distantes.

Investigar fué su premio y hablar de los hombres mejores de Honduras su más viva pasión. Fué como el minero del viejo real de minas de Tegucigalpa que entraba al peligroso laberinto para regresar al paisaje de las montañas natalicias trayendo novedades espléndidas.

Entre sus antepasados amorosos, José Trinidad Reyes y Ramón Rosa. Y un poco más allá, el alcalde Mallol le sonreía. Cazador de palomas legendarias, coleccionista de daguerrotipos y de rosas exangües entre los libros, don Rómulo era también fotógrafo de datos, iluminador de recuerdos.

Honduras pierde a uno de sus puntuales cronistas; Tegucigalpa a quien la amó como novio en vigilia; y sus amigos ya no podremos conversar con él en uno de esos paréntesis en que su hermosa erudición era la del minero con nostalgia de jazmines y un superávit de alegría.

Rafael Heliodoro Valle.

México, D.F., 21 de agosto de 1942.

LA EQUITATIVA, S. A.

Jabón, velas y cirios.

Productos manufacturados con materiales
puros de la mejor calidad.

Tegucigalpa, D. C., Honduras, Centro América.

EL ESPIRITU FILOSOFICO

Los hombres prácticos, en el sentido vulgar de esas palabras, carecen de este espíritu todo lo relacionan al buen yantar, porque ni siquiera reconocen la elegancia y la sencillez del vestido, de las buenas maneras, de la cordialidad. Su moral es ínfima; entraña una concesión al espíritu filosófico de la conducta. El universo no es un problema para ellos; se contrae a la tierra que produce la espiga; a la máquina que la recoge; al agua que necesita para sazonar el mendrugo; al lecho blando o a la mesa de comedor espléndida

Su charla es grosera como su imaginación: su compañía, sencillamente abrumadora para el hombre culto o la mujer delicada. Pero existe otra clase de ciudadanos prácticos que niega la trascendencia de toda espiritualidad: me refiero a la que forman los disciplinistas de la ciencia concreta y directa. Obran, en la seguridad de que el mundo es una materia cognoscible, conocida y cotidiana, como si no existiera un misterio en el concierto del átomo, de la estrella y del Cosmos entero. Esto es tal como lo vemos: materia sin mayores secretos para microscopios y telescopios—afirman, convencidos de su capacidad definitiva de juzgar al mágico embolismo de la naturaleza. Muchos de ellos son, a pesar suyo, esclavos de una profunda moral que los induce a las más nobles acciones, aunque su ciencia no espera nada de nada; muchos viven a la manera de santos, sin sospecharlo; y gozan de facultades profundas que no estiman más que a un fruto o a una flor. Tienen, los tales, contra sus mismas doctrinas, espíritu filosófico que los induce a la belleza.

al heroísmo, a la bondad, al rezo... Porque el mundo tiene una fuerza espiritual tan subyugadora y tan honda, que se filtra lo mismo en el escéptico, que en el materialista y el pesimista: indefectiblemente. Quien se atreva a negarlo ignora o supone que ignora el milagro de este inmarcitable fenómeno de la vida humana y de la existencia de las fuerzas que lo elevan, a pesar de todo, hasta la eternidad.

El espíritu filosófico es el sendero único de la esperanza. Por él esculpe Miguel Angel sus mármoles y enciende, en colores maravillosos, los techos de las cúpulas; por él escribe el Dante su divino relato de las esferas; por él vive la memoria de Platón con su séquito de inmortales; por él sueña el hombre de todas las épocas, como el aedo, como el meditativo filósofo, como el santo. Por él, la figura de Jesús redime, con su rostro lleno de sangre y de lágrimas, a la humanidad que se despeza en los campos de batalla.

Moisés Vincenzi.

BANCO DE HONDURAS

Tegucigalpa, Honduras, C. A.

Fundado el 1º de octubre de 1889.

Casa principal: TEGUCIGALPA.

Sucursal: SAN PEDRO SULA.

Capital autorizado L 1.000.000.00.

Capital pagado y reservas L1.500.000.00.

Hace toda clase de operaciones bancarias, traslados a las principales plazas de Honduras y del exterior; abre cuentas corrientes con garantía satisfactoria; acepta depósitos a la vista y a plazos; custodia valores y documentos públicos y se encarga de cobros por cuenta ajena.

Cuentas de ahorro al 4% anual.

LAS DUDAS FINALES

Un recuerdo de hace muchos años... Me estoy paseando sobre un pavimento de granito que retumba igual que el hierro, entre construcciones de granito, bañadas por la clara y despejada luz de la luna. Las sombras son ciertas y agudas. No hay en el aire, brillante y cálido, el menor ruido ni movimiento. El único sonido que se percibe en la calle es el sonido de mis pasos, raramente cansados. De súbito, llega hasta mí extraña sensación, con una especie de sacudida hormigueante, desazonadora, una sensación o sospecha de la ilusión universal. El

pavimento, las moles de piedra tallada, los rieles de hierro y todas las cosas visibles ¡no son más que sueños! La luz, el color, la forma, el peso, la solidez, todas las existencias concebidas ¡no son sino fantasmas! Manifestaciones, única y exclusivamente, de una espiritualidad infinita, que no puede expresar el lenguaje de los hombres ¡porque carece de palabras para ello!

Esta reflexión me ha sido producida por el estudio del primer volumen de la *Filosofía sintética*, que un amigo americano me enseñó cómo había de leer. No encontré fácil la lectura: primero, porque soy un pensador muy lento, y segundo y más importante, porque nunca fui entrenado para el esfuerzo intelectual en semejantes direcciones. El aprenderme los *Primeros principios* me ocupó varios meses. Ningún otro volumen de la colección me produjo mayores confusiones. Yo puedo leer, de una vez, una sección; difícilmente dos, y jamás aventuro conjetura alguna hasta que no pienso con firmeza lo que he sacado de provecho de la sección precedente. Mis progresos fueron tardos y cautelosos, como los de un hombre que subiera por primera vez una larga serie de escaleras en las tinieblas. Al fin llegó la luz, y obtuve una rápida y nueva visión de las cosas, una percepción momentánea de la ilusión de las superficies, y desde aquel momento ya no se me apareció el mundo enteramente igual como se me había aparecido antes...

Este recuerdo de hace más de veinte años, y la extraordinaria importancia del momento, fueron últimamente reavivados en mí por la lectura del ensayo *Las dudas finales*, el postrero y no menos precioso volumen que nos legó el más grande pensador del mundo. El ensayo contiene su expresión final acerca del enigma de la vida y de la muerte, tal como este enigma se presentó a su vasto pensamiento, en la obscuridad de una vida laboriosa de trabajo intelectual. Ciertamente, la substancia de lo que tenía que decirnos puede haber sido deducida de la *Filosofía sintética*; pero el particular interés de su último ensayo consiste en que es la expresión del sentimiento personal del escritor en lo referente al problema que conturbaba el cerebro de los pensadores profundos. Quizá seamos pocos los que hayamos quedado satisfechos con su posición puramente científica. Y aun aceptando plenamente su aserto de la identidad de la fuerza que brota bajo la definición del conocimiento con aquel poder incongnoscible que forma todas las cosas, muchos de los discípulos del maestro debieron de ansiar, durante algún tiempo, la ocasión de

preguntarle directamente:

—¿Cómo siente usted en lo que concierne al aspecto de la disolución personal?

Y a esta pregunta, de un simplicismo emotivo, ha contestado tan franca y tan plenamente como cualquiera de nosotros hubiera podido desear: quizá demasiado francamente. De un modo apologético hizo notar:

Los viejos deben de tener muchas reflexiones en común. Y, sin duda, una de las que revolotean ahora en mi cerebro es muy familiar a todos.

Durante los pasados años, cuando observaba el abrir de los capullos primaverales, pensaba: ¿Volveré a ver de nuevo el reventar de los capullos? ¿Volveré a ser despertado al rayar el día por el canto del tordo? Hoy, que mi fin, indudablemente, no estará lejano, resulta de una obsesión creciente el meditar sobre las dudas funales...

Y entonces nos dijo que estas dudas finales del *Cómo* y el *Porqué*, del *Cuándo* y el *Adónde* ocupan mucho más espacio en aquellos cerebros que no pueden aceptar la doctrina del Cristianismo, cuyas corrientes concepciones llenan los pensamientos de la inmensa mayoría de los hombres. La enormidad del problema de la existencia se manifiesta sólo a aquellos que han permitido a su cerebro el pensar libremente, abiertamente y profundamente, con todas las ayudas del pensamiento que suministran las ciencias exactas. Y cuanto mayor sea la sabiduría del pensador, más apremiante y tremendo se presenta el problema, y más desesperadamente incontestable. Al mismo Spencer debió de ocuparle una gran extensión en el promedio de su capacidad cerebral. Y estas

ideas pesarían inexorablemente más y más sobre él según se aproximaba a la muerte. No pudo confesar la convicción, sugerida de un modo explícito en su magnífica *Psicología* y en otros volúmenes de su gran obra, de que exista evidencia racional alguna para creer en la continuación de la personalidad consciente después de la muerte:

Después de estudiar las creencias primitivas, sin hallar en ellas el origen de ninguna idea sobre una vida posterior, salvo la conclusión que deduce el hombre incivilizado, de la idea sugerida por los sueños, de un delirio errótico que retrocede al despertar, y el cual se marcha por tiempo indefinido al llegar la muerte; y después de contemplar la inescrutable relación que hay entre el cerebro y el conocimiento, y hallando que no podemos obtener la seguridad de la existencia del último sin la actividad del primero, parecemos obligados a desechar la idea de que el conocimiento continúe después que la organización física haya llegado a ser inactiva

En esta apropiada expresión no hay una palabra de esperanza; pero, por lo menos, existe una duda, apuntada con gran cuidado, y la cual aquellos que lo deseen pueden probar a desenvolver como el germen de una esperanza. La sutil frase *parecemos obligados a desechar* ciertamente sugiere que, aunque en el estado actual de la ciencia humana no tenemos causas para fundamentar la creencia en la perpetuidad del conocimiento, alguna sabiduría, más distante y futura, podrá traernos una perspectiva menos desoladora. Veamos cómo habla de este aspecto el más grande de los pensadores:

Pero parece un repugnante y extraño final el que con la cesación del conocimiento por la muerte cese también toda noticia de haber existido. Con el último aliento, cada cual llega a ser una cosa como si jamás hubiera vivido.

Y entonces, el conocimiento mismo, ¿qué es, durante el tiempo que continúa? ¿Y qué llega a ser cuando viene su fin? Solamente podemos inferir que es una forma, especializada e individualizada de aquella Energía Eterna que trasciende a un tiempo a nuestra inteligencia y a nuestra imaginación, y que a la muerte sus elementos se deslizan hacia aquella Energía Eterna de donde antes salieron.

Con el último aliento ¿llegamos a no ser sino una cosa como si jamás hubiéramos vivido? En lo individual, quizá; no seguramente en la Humanidad, hecha más sabia y mucho mejor por sus trabajos. Pero el mundo debe des-



**Pilsa
Bavaria - Gold...**

y le darán cerveza..

Cervecería Ortega-San José, Costa Rica

aparecer; en adelante, ¿puede ser para el universo lo mismo que si la Humanidad no hubiera existido nunca? Ello dependerá de las posibilidades de futuras comunicaciones interplanetarias. Pero todo el universo de soles y planetas debe perecer también; en adelante, ¿podrá ser lo mismo que si la vida de la inteligencia no hubiera trabajado y sufrido en aquellos incontables mundos? Por lo menos, tenemos la certeza de que las energías de la vida no pueden ser destruidas, y la gran probabilidad de que ayudarán a formar otra vida y otros pensamientos en universos todavía sin desarrollar. No obstante, permitiéndonos todas las posibilidades imaginarias, conviniendo hasta en la verosimilitud de relaciones incomprensibles, entre todo el pasado y el futuro de la existencia condicionada, todavía la tremenda interrogación permanece:—¿Qué significa, en lo incondicionado, el total de la existencia aparicional? Así como las pavesas de una hoja de papel no dejan recuerdo de su luz en la noche, así también un millón, un billón, un trillón de universos en aquella obscuridad pueden ir y venir sin dejar la menor señal de haber sido...

Spencer debió haber dado su pensamiento a cada aspecto del problema. Pero abiertamente declaró que la inteligencia, tal como está constituida, no puede ofrecer solución. El pensador más formidable que ha producido el mundo; el intelecto que sistematizó todo conocimiento humano, que revolucionó la ciencia moderna, que dispuso el materialismo para siempre, que nos reveló la unidad espiritual de la existencia, que restableció todas las éticas sobre una base eterna e inmutable; el genio que pudo exponer con igual lucidez, y por la misma fórmula universal, la historia de un mosquito y la historia de un sol, se confesó, ante el Enigma de la Existencia, no mucho más capaz que el pensamiento de un niño.

Aunque para mí, el supremo valor de su último ensayo está en el hecho de que, en su patético aserto de incertidumbres y probabilidades puede discernirse algo que se asemeja bastante a una declaración de fe. Aun cuando aseguró que no tenemos fundamento alguno para creer en la persistencia del conocimiento después de la muerte del cerebro, sin embargo, debemos recordar que la última naturaleza del conocimiento continúa insondable. Si bien es cierto que no podemos sospechar la relación entre lo conocido y lo desconocido, no hay que olvidar, por esto, que debemos considerarla como una manifestación de la Energía Infinita, y que sus elementos, aunque disociados por la muerte, retornarán algún día a ser un

inmenso Recurso de Vida. Las ciencias nos aseguran hoy también que en cualquier existencia que haya sido (vida individual, en animales o plantas), toda sensación o idea que se haya agitado en el conocimiento humano, debe de haber relampagueado una semirremembranza más allá de la esfera de la sensibilidad, y como quiera que no podemos comprender, no podemos tampoco sostener en la imaginación la idea de que lo mejor de esa existencia pueda ser destinado a la inmortalidad. Sobre este último asunto, y por razones obvias, Herbert Spencer ha permanecido silencioso. Pero el lector puede reflexionar sobre el párrafo final de la sexta edición de los *Primeros principios*, en el que trata de la hipótesis de que el conocimiento pueda referirse al éter cósmico. Esta hipótesis no ha sido descartada por él, y parece insinuar, mientras no se demuestre algo en contrario, que puede representar imperfectamente alguna verdad todavía incomprensible para la inteligencia humana:

La única suposición que tiene consistencia es aquella en la cual se considera que el conocimiento inherente es todo el éter. Y esto que nosotros conocemos puede ser afectado por moléculas de materia en movimiento, y, a la inversa, puede afectar los movimientos de las moléculas, como lo atestigua la acción de la luz sobre la retina.

En consecuencia de esta hipótesis, podemos suponer que el éter, que llena, no solamente todo el espacio, sino también toda la materia, es, bajo condiciones especiales en ciertas esferas del sistema nervioso, capaz de ser afectado por los cambios nerviosos, de tal manera, que resulte una sensación, y, recíprocamente, es capaz, bajo estas condiciones, de afectar los cambios nerviosos. Pero si aceptamos esta explicación, debemos conceder que la potencialidad del sentimiento es universal, y que la evolución del sentimiento en el éter tiene lugar, únicamente, bajo las circunstancias, harto complejas en sí, que ocurren en algunos centros nerviosos. Esto, sin embargo, no es más que un remedo de explicación, toda vez que no sabemos lo que es el éter. Y por confesión de aquellos más capaces de juzgarla, ninguna otra hipótesis ha sido admitida, estimada y juzgada en todos sus aspectos sino esta. Tal explicación puede decirse que no es otra cosa que simbolizar el fenómeno por medio de símbolos de naturaleza desconocida.

Inescrutable es este complejo y enmarañado conocimiento que se ha desarrollado con gran lentitud fuera de una vacuidad infantil, cuyo conocimiento, en otras formas, se manifiesta

a la larga en seres animados, y el cual, durante el desarrollo de cada criatura, hace su oposición fuera de todo lo que se asemeja a la materia inconsciente, sugiriendo la idea de que el conocimiento, en algunas manifestaciones rudimentarias, es omnipresente.

De todos los pensadores modernos, Herbert Spencer fué quizá el que más cuidadosamente evitó el dar ánimo sobre alguna hipótesis insoportada por su poderosa evidencia. Hasta la simple totalidad de su doctrina está expresada solamente con las debidas reservas, como un aserto de tres probabilidades: que el conocimiento representa una forma especializada e individualizada de la Energía Infinita; que se disuelve al llegar la muerte, y que sus elementos vuelven entonces al manantial de donde salen todos los seres... En cuanto a nuestra actitud mental hacia el Misterio Infinito su opinión es sencilla:

Debemos resignarnos a la ley eterna y tratar de vencer nuestra antigua herencia de terrores supersticiosos, recordando que, aun que el proceso cósmico, llevado a cabo por una Fuerza Desconocida, es inhumano y cruel, la venganza de ello, y en ello, no se encontrará por ninguna parte.

En este mismo y breve ensayo hay otra confesión de singular interés: el reconocimiento del Tesoro del Espacio. Aun para las inteligencias vulgares, la emoción del Espacio infinito, tal como nos la obligan a ver las monstruosas verdades de la Astronomía, que no requieren grandes estudios para comprenderlas, es terrible. Yo sólo quiero recordar la sola y vaga idea de la Noche eterna, en la que su resplandor de millones de soles no puede proporcionar ni luz ni calor. Pero a Herbert el pensamiento del Espacio debió presentársele de una manera más misteriosa y tremenda. Sólo un matemático puede comprender todo el significado del párrafo que trata de la Geometría de Posición y del misterio de las relaciones del Espacio, o la maravillosa declaración de que *aun que pudiéramos penetrar en el enigma de la existencia, aun quedarían ocultos otros enigmas mucho más trascendentales.* Spencer nos dice que, aparte de la concepción de estos misterios geométricos, el problema del desnudo Espacio llegó a ser para él, en el crepúsculo de su vida, una obsesión y un desmayo

...Y entonces llega el pensamiento de esta matriz universal, antecediendo a la creación o a la evolución, cualquiera que sea la supuesta, y de igual modo trascendentes hasta lo infinito, tanto en extensión como en duración, toda vez que ambas, aunque concebidas en un todo,

deben ser concebidas bajo la idea de que han tenido principios, mientras que el Espacio no tuvo principio.

El pensamiento de esta obscura y densa forma de existencia, la cual, explorada en todas y en tantas direcciones como la imaginación puede alcanzar, tiene siempre detrás una región inexplorada tan amplia, que, comparada con ella, la parte que ha atravesado la imaginación no es más que infinitesimal; el pensamiento de un Espacio, comparado con el cual nuestro inconmensurable sistema sidéreo se empequeñece hasta quedarse en un punto, ¡es pensamiento demasiado abrumador para detenerse en él! Desde los últimos años, el conocimiento de que, sin origen o causa infinitos, el Espacio infinito ha existido siempre, y siempre existirá, produce en mí un sentimiento que me hace temblar.

¿Cómo y cuánto debió afectar la idea de un Espacio infinito a un cerebro incomparablemente más poderoso que el mío, no puedo saberlo. Tampoco me es posible adivinar la naturaleza de ciertos problemas que las leyes de relación en el espacio presentan al geómetra. Pero cuando pruebo a determinar la causa del horror que aquella idea evoca en mi débil imaginación, entonces sí soy capaz de distinguir diferentes elementos de la emoción, formas particulares de terror que responden a ideas particulares (racionales e irracionales) sugeridas por las revelaciones de la Ciencia. Una sensación, quizá el principal elemento del terror, se produce en mí por la idea de estar *aprisionado*, por siempre y para siempre, dentro de aquella inexpressable invisibilidad que forma el Espacio infinito.

En esta sensación hay algo más que el pensamiento de una circunscripción eterna; existe también la idea de estar perpetuamente *atravesado*, penetrado y conmovido por lo *innominado*; hay, además, la certidumbre de que ni la menor partícula más recóndita y secreta del Yo puede esquivar el eterno choque de Ello; y luego existe la tremenda convicción de que mi Yo puede abalanzarse con la velocidad de la luz, con mayor rapidez aún que la luz, más allá de todas las galacias, más allá de las vastas duraciones del tiempo, cuyas magnitudes no sabe indicar la Ciencia, y todavía huye y huye, hacia adelante, hacia atrás, hacia arriba, hacia abajo... siempre, siempre..., y jamás podrá mi Yo alcanzar la aproximación de un final, y nunca podrá moverse ni triunfar más allá de cualquier centro determinado... Porque, en aquel Silencio, toda inmensidad, todo peso, toda altura, toda dirección, todo

tiempo y toda profundidad son sumergidos; relación es ésta que sólo puede significar algo para la diminuta partícula de mi fugaz conocimiento; átomo de terror, que únicamente late a través de una potencialidad sin átomos, insondable, desconocida e ilimitada...

Y la idea de esta potencialidad despierta otra cualidad de horror el horror de la Posibilidad infinita. Sentado como inescrutable que late a través de la substancia, como si la substancia no fuera el todo, tan sutilmente que nadie puede sentir la fluidez de sus cursos, tan rápidos, que la duración de una vida no bastaría para contar el número de oscilaciones que experimenta en la fracción de un segundo; sentado todo esto la idea nos estremece, y más aún el sentirnos despojados de la perpetuidad, y al considerar que la fuerza de lo Infinito reside en la más ligera vibración. Y el peso de la Eternidad oprime después su más débil estremecimiento.

Para ese Contacto—fantasma, el matizar un capullo, o el disipar un universo, son dos cosas igualmente fáciles: unas veces nos halaga la vista con el encanto y la ilusión del color; otras, nos incita dentro de un racimo de soles gigantescos. Todo lo que el pensamiento humano es capaz de concebir (¿y cuánto, también, el pensamiento humano será siempre incapaz de concebir?...) puede ser forzado en todas partes y por todas partes por una sola vibración de aquel abismo...

¿Será cierto, como algunos creemos, que el terror supremo es el miedo a la extinción del yo? Para la idea de la perpetuidad personal, en la vorágine infinita es demasiado el evocar las súbitas trepidaciones que no puede expresar ninguna lengua: fugitivos instantes de un horror demasiado vasto para entrar por completo en el conocimiento: un horror que solamente puede ser soportado a modo de negros y velocísimos relampagueos.

Y la certeza de que somos uno con lo Absoluto, extremos oscuros y espeluznantes en el abismo de Ello, únicamente puede probar una fe consolidada a aquellos que se obligan, por sí mismos, a pensar que el conocimiento se disuelve al desmoronarse el cerebro... Me parece que pocos hombres, o ninguno, se atreverían a expresar francamente aquellas dudas y aquellos miedos asombrosos que fuerzan a la inteligencia mortal a retroceder sobre sí

misma en cada nuevo ensayo para cruzar la barrera de lo Cognoscible... Si esta valla fuera saltada de un modo inopinado, el conocimiento sería repentina y enormemente expandido, y llegaría más allá de sus límites actuales; pero quizá no estuviéramos en condiciones de soportar la tremenda revelación...

El sorprendente libro de Mr Percival Lowell, titulado *Marte*, invita a pensar acerca de los resultados que provocaría la posibilidad de sostener comunicación con los habitantes de un mundo más sabio y más antiguo, con alguna raza de seres más elevadamente desenvueltos que nosotros, tanto moral como intelectualmente, y capaces de interpretar los mil enigmas que todavía conturban a nuestra ciencia. Quizá, en tal caso, no nos sintiéramos aptos para comprender los métodos (aunque pudiéramos copiar los resultados) de una sabiduría más vieja que toda nuestra civilización, por miriadas y cientos de miriadas de años. Pero el repentino advenimiento de una ciencia más grande, venida desde un planeta más antiguo, ¿podría demostrarnos, por razón de la condición presente de la moral humana, alguna otra cosa que no fuera una catástrofe? ¿No acarrearía la extinción de las especies humanas?

Parece ser una regla que la propagación de una sabiduría más amplia y, por tanto, más peligrosa, antes de que la masa esté preparada éticamente para recibirla, sea siempre contenida por el instinto de conservación. Y tenemos causas para suponer (con las debidas excepciones individuales) que la fuerza para obtener un conocimiento más elevado se desenvuelve solamente de acuerdo con la habilidad moral que se desarrolle para aprovechar los beneficios de tal sabiduría. Yo creo que si la facultad de sostener comunicación intelectual con otros mundos pudiera servirnos en la actualidad, deberíamos intentar lograrla inmediatamente. Pero si, por cualquier descubrimiento asombroso, como la intervención (permitásenos suponerla) de algún sistema de telegrafía etérea, tal facultad fuera adquirida de un modo prematuro, sus ensayos, en ese caso, serían prohibidos... ¡Imagínese, por ejemplo, lo que le hubiera ocurrido durante la Edad Media a una persona culpable de inventar medios para comunicarse con algún planeta vecino! Puede asegurarse que el inventor, sus aparatos y sus memorias habrían sido entregadas al fuego, y todo rastro de sus trabajos extirpado por completo.

Aun hoy mismo, el descubrimiento de verdades insoportadas por la experiencia humana,

**Todos los textos de ARIEL han sido
escritos, seleccionados o extractados
por su Director.**

La violenta revelación de hechos totalmente opuestos a las convicciones existentes, podría evocar un furibundo despertar de los terrores supersticiosos, algún furor pánico en la Religión, que estrangularía a la Ciencia y sumiría de nuevo al mundo en una obscuridad mental durante muchos cientos de años.

Lafcadio Hearn.

UN PERRO EXTRAORDINARIO

Cuando Eduardo Flower se marchó de su casa ordenó que su perro favorito *Penusito* fuese encerrado. El perro estaba siempre con él, dormía con él y cazaba con él. El animal no quería separarse de su amo. De un modo u otro consiguió salir, siguió la pista de Eduardo hasta el buque y subió a bordo. Fué sacado de allí y puesto en manos del hermano de Flower. Cuando el buque salió del embarcadero, soltóse el perro y se lanzó al Ohio. Claro es que no se podía atender al pobre animal. El buque continuó su marcha y lo último que vió Flower fué a su perro nadando aguas arriba por el río, hasta que sólo fué un pequeño punto lejano..."

EL SALTO DE CABAÑAS,

En su artículo sobre nuestro Bayardo, el señor Masferrer hace figurar el campo de Masaguara, como sitio del salto de Cabañas. La tradición oral, y aun la escrita por un cronista de Comayagüela—el señor Navarro,—acude a dar aclaraciones de concepto. Cuando el bandolerón Quijano vino con tropas leonesas para batir los 300 texiguatas de Cabañas, se dió el combate del Llano del Potrero (enero de 1840). Aunque el vencedor de la Soledad estaba fogueado por el sol de la victoria, y sus soldados querían arremeter más, la verdad es que los del bandolerón lo arrollaron. Replegado hacia la colina que está al sur del Llano, y donde hoy vive la familia Godoy, el héroe se vió casi en manos de sus enemigos, y no tuvo más salvación que escaparse saltando a caballo por el filo de una roca de seis a ocho varas de alto, tajada como un muro, y tomar el camino de Ojojona, que está a la derecha. Ya en la sabana del otro lado, el General se volvió un segundo hacia sus enemigos, y quitándose el sombrero, los saludó caballerosamente. Por eso, aquel paraje quedó consagrado por la fama y la voz popular, con el nombre de *El salto de Cabañas*.

Si los escultores del porvenir quieren inspirarse en un alto motivo, para descuajar el már-

mol en que surgirá la airosa figura del Ilustre Soldado de la Patria, tendrán que visitar el sitio en que está la roca y poner en la materia informe, un precipicio por donde salta gloriosamente Cabañas a caballo.

Rafael Heliodoro Valle.

La LIBRERIA ARIEL remitirá inmediatamente los libros que se le soliciten de las provincias o repúblicas vecinas, previo el envío de su valor y el del porte postal.

ACTO DE INTROSPECCION

Desde hace cinco lunas tengo la voz herida.
El Verbo ha huído de mi entraña.
¡Qué soledad de hierros dentro de mí se agita!
¡Dentro de mí, que amo las voces claras!

Pequé contra el otoño de las hojas caídas,
contra la primavera de las flores alzadas,
contra el invierno y el verano que tenía
el corazón de siete fraguas.

Pequé contra la muerte sorprendida,
contra la luna y todas sus palabras,
contra las flautas y las cítaras
y contra el viento y las campanas.

Pequé, y el Orden me castiga
llenándome de polvo la garganta,
negándome el tremor de la Armonía,
¡a mí, que amo las voces claras!

Hugo Lindo.

Capítulo del libro inédito
CULTURA DEL PENSAMIENTO.

RUBEN DARIO

Las ideas que dejaré expuestas pueden servir como una norma para explicar con claridad mis observaciones psicológicas, que he venido anotando en el curso de mi vida, especialmente acerca de ciertas personalidades muy distinguidas con quienes tuve ocasión de convivir en algunas épocas de mis pasados años.

Pero desde luego debo advertir que mis estudios en ese campo tan difícil los voy a concretar solamente a un pequeño grupo escogido entre lo más selecto que vino a ser parte de mucho valor y mérito para mi propio cultivo intelectual.

Comenzaré con uno de los más gloriosos y

conocidos, cuya celebridad llena toda la América Hispana y mucha parte de Europa: me refiero al poeta nicargüense Rubén Darío.

Por algún tiempo, todavía muy joven, estuve muy cerca de Darío, que fué por cierto uno de mis mejores amigos en la República de Guatemala, allá por los años de 1890 y 91.

En aquella época tuve ocasión de penetrar muy hondamente en aquella alma tan sutil, luminosa y cándida como el alma de un niño.

Era muy difícil conocer su carácter por su modo de ser silencioso, y muchas veces altivo como un gran señor de portentosas riquezas; pero alguna vez con la humildad femenina que llegaba hasta una timidez inexplicable.

En este tiempo, tanto como yo, gozaba Rubén de aquel divino tesoro de la juventud. como él expresó.

Lo visitaba todos los días, y a veces acontecía que lo encontraba triste y abatido como bajo el peso de una tenaz pesadumbre, y entonces lo interrogaba:

—¿Qué le pasa, Rubén?

—Nada, absolutamente nada sino que no pienso ni siento cosa alguna: estoy como un muerto en su sepulcro

—Véngase, vamos a la calle; un poco de ejercicio le vendrá bien.

Y entonces salíamos por las avenidas de Guatemala, Rubén en silencio a pesar de mi continua charla. Solamente cuando yo le llamaba la atención hacia el perfil de una bella mujer, se volvía, miraba con curiosidad y sonreía.

A veces lo encontraba con la vivacidad de un niño inquieto y travieso, hablando sobre tópicos que cambiaba a cada momento, casi siempre acerca de escritores y poetas.

Lo visitaba a veces Enrique Gómez Carrillo, todavía tan joven que vestía pantalón corto; pero que iniciaba ya sus prosas en la prensa dando indicios desde luego del que fuera más tarde el famoso y más conocido literato y crítico de las letras hispanas.

Era Rubén muy sensible y muchas veces llegaba hasta la desesperación, cuando se forma-

ba alguna crítica contra versos o prosas que había dado a la publicidad.

Cierta día un escritor colombiano, Samuel Córdova, publicó una crítica sobre algunos versos de Darío, si mal no recuerdo, por algún defecto puramente gramatical. Rubén llegó a mi cuarto desesperado y nervioso porque iba a desafiar a Córdova a singular combate, y según me decía, hasta a matarlo por aquel honoroso crimen.

Luego le pregunto:

—¿Y las armas?

Porque nunca supe que portara alguna arma que pudiera servir para un desafío.

Noté desde luego que venía algo inspirado por las burbujas del champagne.

Por complacerlo, y por saber con qué clase de enemigo iba a tener lugar aquel famoso desafío, fui a ver a Córdova.

—Pero hombre—me dice sonriendo —¿como cree usted que yo voy a pelear con Rubén si yo soy uno de sus primeros admiradores, y mi crítica no fué otra cosa que una broma para molestarle un poco?

Pero, de todos modos, el combate se dispuso entre aquellos dos campeones de las letras.

La plazuela del Teatro Nacional de Guatemala fué el campo escogido. Padrinos: Pedro Pablo Nates, también colombiano y escritor, por parte de Córdova; y yo mismo por parte de Darío.

Al encontrarnos los cuatro, padrinos y combatientes, lo primero que hizo Rubén, sin más palabras ni explicaciones, fué abrir los brazos y estrechar efusiva y fraternalmente a Córdova.

Eso fué todo y nada más, porque Córdova a su vez, lleno de cariño, correspondió del mismo modo a Darío.

Aquel célebre duelo terminó así con una broma, y además en una opípara cena donde no escasearon exquisitos vinos hasta terminar en la resonante nota de un champagne de la Viuda.

Traigo este recuerdo como un detalle en mi estudio sobre la personalidad de Rubén Darío.

Su mentalidad era puramente subjetiva: vivía muy alejado de la vida real y palpitante. La visión objetiva se le escapaba como acontece a los grandes soñadores, porque apenas tomaba del mundo real lo que venía a la mano para suplir sus necesidades más urgentes.

Su fama como gran poeta y exquisito escritor le dieron oportunidad hasta para tornarse rico; pero tiraba el dinero a manos llenas como un potentado del oro cuando la suerte le deparraba una fortuna y nunca pensaba que el día

LIBROS DE FROYLAN TURCIOS
editados en París

<i>Cuentos del Amor y de la Muerte</i> ₡	4.00
<i>El Vampiro</i> (novela)	3.00
<i>Páginas del Ayer</i> —	3.00
<i>Flores de Almondro</i> (poesías)	3.00

En la **LIBRERIA ARIEL**

60 varas al sur de la capilla del Seminario.

siguiente amaneciera sin un céntimo.

Nunca descendía de su trono subjetivo por atender pequeñeces de la vida real, o atender deberes apremiantes en sus relaciones sociales.

Su mente estaba siempre iluminada con sueños de oro que le ofrecía su imaginación portentosa y romántica, y su fantasía que volaba por cielos encantados hacía vibrar el clarín sonoro de su inspiración divina.

Rubén ante todo era sencillamente poeta porque llevaba siempre en su inmenso teclado de consonantes las armonías más delicadas y diáfanas que aprisionaba bellamente en sus versos incomparables.

Su genio, al mismo tiempo que llevaba la gracia encantadora de sus versos, hacía el efecto de una dulce melodía que viniera vibrando de un instrumento extraño que se perdía en una noche romántica iluminada por el resplandor de plata de un cielo estrellado.

Seguramente de allí vino aquella frase suya como una confesión ingenua: *Mi arpa es un viejo clavicordio pompadour al son del cual daban sus gavotas antiguos abuelos.*

Si fuera posible penetrar en ese mundo tan lleno de misterios al través del tiempo en los precedentes de una mentalidad genial, encontraría que en algunas generaciones, en la línea de sangre de Rubén Darío, tendría como una sorpresa antes que un poeta tan refinado y grandioso, a un portentoso artista de la música en una variedad infinita de notas que llenaron el alma de Beethoven y Ricardo Wagner.

Porque su poesía se puede decir que es un caso único entre los más gloriosos poetas del idioma español.

Es cosa de admirarse cómo la palabra más resistente y dura se tornaba para él en una dulce queja de amor, como si todo el engranaje de nuestro idioma escondiera una melodía como la nota encantada de un bello pensamiento.

Y luego, ¿de donde venía su prodigiosa mentalidad?

Siempre tenemos a la mano como una lógica inductiva la concatenación indefinida de causas y efectos en los fenómenos de la Naturaleza.

Rubén Darío no es un solitario en la creación sino que vino formando su intelecto como una herencia en el curso de los siglos durante una serie de vidas que se pierden en pasados ignotos.

Es digno de notarse que el propio poeta, en un estudio admirable que hizo acerca de la personalidad de Paul Verlaine, reconoce, en uno de sus párrafos, las herencias que

vienen sucediéndose en vidas anteriores.

Copio ese párrafo que viene a confirmar mis teorías con el pensar del mismo Rubén:

Yo confieso que después de hundirme en el agitado golfo de sus libros, después de penetrar en el secreto de esa existencia única, después de ver esa alma llena de cicatrices y de heridas incurables, todo el eco de celestes y profanas músicas, siempre hondamente encantadoras; después de haber contemplado aquella figura imponente en su pena, aquel cráneo soberbio, aquellos ojos oscuros, aquella faz con algo de socrático, de pierrotesco y de infantil; después de mirar al dios caído, quizás castigado por olímpicos crímenes en otra vida anterior; después de saber la fe sublime y el amor furioso y la inmensa poesía que tenían por habitáculo aquel claudicante cuerpo infeliz, sentí nacer en mi corazón un doloroso cariño que junté a la gran admiración por el triste maestro.

Timoteo Miralda.

(Continuará).

—Liberta a mi alma de su prisión para que yo pueda dar gracias a *tu nombre.* (Últimas palabras de San Francisco de Asís).

CASIDA (*)

(Versión de Juan Valera).

Abierto está el camino; a tus guerreros guía,
¡oh, de los oprimidos constante valedor.
Auxilio te demanda la bella Andalucía;
la libertad espera de tu heroico valor.
De penas abrumada, herida ya de muerte,
un cáliz de amargura el destino le da;
se marchitó su gloria, y sin duda la suerte
a sus hijos por víctimas ha designado ya.
Aliento a tus contrarios infunde desde el Cielo,
y a ti, pesar, ¡oh patria! del alba el arbol;
tu gozo cambia en llanto, tu esperanza en recelo
cuando a ocultarse baja en Occidente el sol.
¡Oh vergüenza y oprobio! Juraron los cristianos
robarte tu amoroso y más preciado bien,
y repartir por suerte a sus besos profano:
las mujeres veladas, tesoro del harem.
La desdicha de Córdoba los corazones parte;
Valencia aguarda, en tanto, más negro porvenir;
en mil ciudades flota de Cristo el estandarte;
espantado el creyente no puede resistir.
Los cristianos, por mofa, nos cambian las mezquitas
en conventos, llevando doquiera la destrucción,
y doquiera suceden las campanas malditas
a la voz del almuédano que llama a la oración...

Abernalar.

(*) Dedicada por el autor al rey de Túnez, Abuzacaría Benabihofs, con motivo de su embajada en busca de auxilios para Valencia contra los cristianos.

FROYLAN TURCIOS AGRADECE EL ENVÍO DE LOS SIGUIENTES LIBROS

Escritores de Costa Rica, por Rogelio Sotela. Volumen de 875 páginas en 4º. Imprenta Lehmann, San José, 1942.—Ya conocíamos esta obra en su primera edición. Le dedicamos un corto artículo en un diario hondureño, y, en verdad, nada podríamos rectificar o añadir al juicio favorable que nos mereció. En esta segunda aparición—libro extenso, aumentado con nuevos nombres, magníficamente impreso—queda en forma definitiva el arduo trabajo de Sotela, digno de admiración y aplauso por su utilidad y belleza. Podríamos únicamente objetar a nuestro excelente amigo que, conteniendo poesías y prosas, no debiera haberse titulado *Escritores de Costa Rica* sino *Poetas y escritores de Costa Rica*, y que, si no sobran algunas firmas, faltan otras distinguidas, como Dolores, Hilda Chen Apuy y Leticia Rivera, prosistas de auténtica valía que hemos hecho conocer en *Ariel*, en una brillante labor de varios años.

Cerebros del mundo. (A Froylán Turcios, con mi devoción constante.—Antonio Ochoa Alcántara. Julio de 1942).—Con una caricatura del autor por Bagaria, se abre este libro dedicado a Román Mayorga Rivas y Mario Ribas de Cantruy.—Abre los textos un hermoso prólogo de Moisés Vincenzi y contiene gráficas evocaciones de Alfonso XIII, Román Mayorga Rivas, Tórtola Valencia, Domenico Theotocopuli, Jacinto Benavente, Alberto Masferrer, Mimí Agullia, Tiburcio Carías Andino, Ramón Franco, Rubén Darío, Máximo Soto Hall, Francisco Gaviña, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, José León Castillo, Berta Singerman, Torcuato Luca de Tena, Juan Vicente Gómez, Giacomo Puccini, Pedro Muñoz Seca, Franklin D. Roosevelt, Rafael de Nogales Méndez, Walter Williams, Vicente Blasco Ibáñez, Víctor Guardia Quirós y Juan Ramón Molina.—Termina el valioso volumen con ocho páginas de juicios sobre Ochoa Alcántara en que, con toda justicia, se le ofrecen laureles por su admirable obra literaria.

La Platania. (Al eminente poeta y dilecto amigo Froylán Turcios, ofrenda fraternal de—Edgardo Ubaldo Genta). En la primera página va esta sintética y astral dedicatoria — *A mis hermanos los Américas, arúspices y rapsodas que vaticinan y exaltan el Porvenir según los signos de eternidad en las entrañas del Continente*.—E. U. G.—El busto mármoreo del poeta, por D'Aniello, aparece en seguida, evocando a uno de los antiguos griegos insig-

nes. Suena después Genta su maravillosa trompa épica, en 244 páginas, simbólicamente ilustradas, algunas de un raro encanto, como *La puerta del Sol*, en un paisaje evocador de sueños gloriosos, escenografía corpórea de Juan J. Severino.—Ya dedicaremos al gran uruguayo un corto estudio. Entre tanto, estrechamos sus manos en señal inequívoca de comprensión y fraternidad.

Interiores (semblanzas y paisajes), por José Rodríguez Cerna.—Con ejemplares del *Boletín del archivo General del Gobierno* y de *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, la Legación de este país en Costa Rica nos obsequió con el último interesantísimo libro de José Rodríguez Cerna. Su índice contiene 37 textos, escritos con esa gracia vivaz, con ese estilo brillante que distinguen, entre centenares de firmas literarias, la de este ilustre guatemalteco, indudablemente el primer cronista de Centro América.

Páginas de americanismo. (Ao eminente escritor Froylán Turcios, homenagem de—Pessoa Cavalcanti.—Rio de Janeiro, 1942). Consta el libro de 229 páginas de temas interesantes desarrollados con agilidad y maestría. Fué impreso en la capital del Brasil, en este año de 1942.

Los ojos desvelados, por Carlos de Zavalía. Libro de versos, editado por los Talleres Gráficos de Y. Milone, Buenos Aires. 145 páginas. Envío del autor.

Rastrojos. (Prosas de la tierra), por Samuel Barreto Peña. Editorial Elite, Caracas.—Sobre sus libros anteriores se incluyen juicios elogiosos de Juana de Ibarbourou, Pedro Emilio Coll, Miguel Rash Isla, Tulio Febres Cordero, Luis Correa, etc.—Obsequio del autor.

Patria y mujer, por Ignacio Agramonte Leynaz. Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1942.

Motivos venezolanos. Publicaciones del Instituto Ecuatoriano-Venezolano de Cultura.—Imprenta de la Universidad. Quito, Ecuador. 1941. Contiene: *Motivos venezolanos*, por V. M. Pérez Perozo; *Escritores de Venezuela*, por Isaac J. Barrera; *Benjamín Carrión*, por Teresa de la Parra; *Tríptico venezolano*, por Germania Moncayo; *Antonio José de Sucre*, por Luis Bossano.—Envío de C. de Z. Coronel Díaz, 1905. Buenos Aires, Argentina.

Archivo de Martí. Publicado por el Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, al cuidado de Félix Lizaso, La Habana. Año II. Número 2. Diciembre de 1941. Muy importante el sumario de esta edición.

Primera exposición del libro argentino en

Nicaragua. Con el N° de *La Nueva Prensa* de Managua, en que aparece un magnífico homenaje a la República Argentina, nos envió el Dr. Enrique Loudet, Ministro de dicho país, el hermoso folleto relativo a la *Primera Exposición del libro argentino en Nicaragua*, que hemos admirado con vivo placer.

Poemas de Ayer y de Hoy. (Al fino poeta y destacado escritor centroamericano Froylán Turcios. Su affmo. amigo—Diego Córdoba. San José, julio 14, 1942). Tuvimos una hora de gratas impresiones leyendo las veintidós poesías de este pequeño volumen, editado recientemente en esta capital. Diplomático y poeta, Diego Córdoba es hoy una de las más notables personalidades de Venezuela. Y así lo saludamos desde estas columnas.

Silvestre de Balboa.—Espejo de paciencia. Estudio crítico de Felipe Pichardo Moya. Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1942.

Libro de lectura para el primer grado. (Al distinguido escritor y compatriota Froylán Turcios, con toda admiración y respeto, *El Autor*.—San Juancito, Honduras, junio, 1942).—Prólogo de Alejandro Alfaro Arriaga.—El estudio profesor Arturo Salvador Aguirre, Director de la Escuela de Varones *Marco Aurelio Soto* del Distrito Central de Tegucigalpa, ha realizado una bella obra con este libro de lectura que tan excelentes servicios estará ya prestando en las escuelas primarias de nuestra patria. Vaya para él nuestro mejor aplauso.

Morazán, hombre, héroe y símbolo. Explicado a los niños de Honduras. (Para el poeta Turcios, con mi admiración.—J. Antonio Peraza. Mayo, 1942). Imprenta *La Juventud*, San Pedro Sula, Honduras.—Como contribución al centenario de la muerte del más grande de los centroamericanos de todos los tiempos fueron escritas estas hermosas páginas, que todos los niños de nuestra antigua patria deben conocer. En estilo claro y sencillo se hace en ellas un exacto bosquejo de Morazán, lleno de espíritu de justicia y amor patrio. Nos complacemos en felicitar a su autor por tan feliz ensayo histórico en que vibran la admiración y el civismo.

Las Sociedades. Tesis leída por el Lcdo. Carlos Aguilar Pinel en el acto previo a su investidura de Abogado. Talleres Tipográficos Nacionales, Tegucigalpa, Honduras, 1942.

Los mercenarios, por Antonio Alvarez.—Obra dramática en tres actos, estrenada en el Teatro Municipal de Bogotá, en la noche del 11 de junio de 1924.—Escuelas Gráficas Salesianas, Bogotá.—Segunda edición, 1941.

Propósitos y métodos educativos en relación con el desarrollo de la ciudadanía democrática. Trabajo presentado por Max Koberg Bolandi a la Secretaría de Educación Pública con ocasión del VIII Congreso Panamericano del Niño celebrado en Washington del 2 al 9 de mayo de 1942.

Centro America en el conflicto, por Salvador R. Merlos. Publicaciones de *Acción Democrática Salvadoreña*. Talleres Gráficos Cisneros, San Salvador, 1942.

Exaltación del eximio propulsor de la cultura nacional, Presbítero don José Trinidad Reyes. Trabajo leído en la festividad que se celebra en el Instituto Normal Central de Varones el 11 de junio, aniversario del nacimiento del Padre Reyes, en nombre del Consejo de Enseñanza, por el Profesor don Vicente Cáceres, Director de aquel Instituto.

Guía del Método Ideovisual. (Al poeta de Centro América Froylán Turcios, con el cariño de—José Fabio Garnier). De gran importancia nos parece el método ideovisual, después de la lectura de este precioso trabajo del ilustrado Profesor Garnier. Sentimos una especial simpatía por los nobles esfuerzos en pro de los niños de los primeros grados de las escuelas. Ayudarlos a pensar y a comprender, en una forma fácil y grata, como la de este libro, es tarea generosa y fecunda. Y su amplia difusión nos parece un obligatorio deber para todos los que se interesen por el futuro de su patria.

Hombres y conceptos americanos. (A Froylán Turcios, Director de *Ariel* y gran escritor y poeta, atentamente—D. Córdoba.—Junio de 1914). Dice de este libro Enrique Finot, Embajador de Bolivia en México, en su hermoso prefacio, del que insertamos en otro lugar, dos importantes párrafos:—*Las bien escritas páginas que vienen a continuación son una parte de la labor intelectual realizada por Córdoba en época reciente de su actuación en el Plata, en México y en Centro América. Hay en ellas verdadero fervor patriótico, hondo sentido de la solidaridad continental y un aliento lírico que no puede faltar en cuanto diga o escriba quien es, ante todo, un deliado y auténtico poeta.*

Nociones de Historia de la Educación. (A Froylán Turcios, alto poeta de la lengua castellana, gloria legítima del arte americano, con toda mi ferviente admiración—Rafael Bardales B.—Julio de 1942). Volumen de 90 páginas, con el retrato del autor, editado en la Tipografía Pérez Estrada. Libro de gran utilidad y erudición, escrito en un estilo sencillo y sobrio, como corresponde a esta clase de tra-

bajos. Hay en él importantes páginas docentes de verdadero interés para maestros y alumnos y unas cortas biografías de las personalidades que más han sobresalido en la educación en Honduras: el padre Reyes (del Dr. Esteban Guardiola), Ramón Rosa, Pedro Nufio, Manuel de Jesús Subirana, Francisco de Paula Flores y Sotero Barahona.—Consideramos esta obra como una de las mejores que en su género se han escrito en nuestra patria.

Hallándose en la agonía un gran mariscal, los que le rodeaban le recordaron con elogios sus victorias y el número de banderas que había capturado al enemigo.

—¡Ah!—dijo el anciano guerrero—¡de cuán poco sirven las acciones que llamáis gloriosas! Todas ellas juntas no valen lo que una sola copa de agua fresca dada por el amor de Dios.

MI VECINA CARMEN

Esta noche tengo miedo de estar solo. Entre la sombra hay un fantasma que cruza de mi pobre sueño en pos; me parece que me llama, que se acerca y que me nombra... Esta noche tengo miedo de estar solo. Entre la sombra imagino que de pronto va a resucitar su voz

Era por cierto bien tarde cuando murió mi vecina... En la sala de su casa borbotaba un foco de luz: están rezando el rosario, y una comadre ladina —la que pasaba las horas charlando con mi vecina— rezaba más alto que todas, puestos los brazos en cruz.

Esta noche tengo miedo de estar solo. Me acongoja el recuerdo de una breve historia del corazón... Era que la pobre joven tenía la boca tan roja... Esta noche tengo miedo de estar solo. Me acongoja este ritmo apresurado que tiene mi corazón.

Todos en el barrio saben la historia de mi vecina: es una historia fragante de risueña juventud, por sus flancos, por sus ojos y por su boca divina... Todos en el barrio saben la historia de mi vecina. De esa pobre joven muerta que duerme en el ataúd.

¡Era tan guapa y tan buena! Sus negros ojos extraños me atrajeron, cada uno como un boa constrictor; el bálsamo de sus besos ungió mis veintidós años. Era tan guapa y tan joven... Entre sus bucles castaños soñé dos noches... Dos noches... Dos noches no más de [amor]

Tengo frío... Será el frío de la noche. Tengo miedo. Será el miedo de la noche solitaria. Hay un rumor de oraciones en la alcoba que viene quedo, muy quedo... ¡Que abran la puerta! ¡Hace luna! Tengo frío, tengo [miedo]... Me parece que de pronto va a resucitar su voz.

Poesía Barba-Jacob.

¡MADRE!

—*Erase un rey...*—Así comenzaba siempre tu fantasía, madre; tu voz melódica ponía matices de bella realidad a tu leyenda hermosa. ¡Oh, madre, cuán lejanas las horas de la infancia feliz y sin preocupaciones a la que, con dulce ternura acogías pacientemente en tu regazo generoso, como la concha del mar que recoge en su seno el pequeño guijarro hiriente y a costa de un gran dolor y sufrimiento pule y convierde en perla magnífica. Las asperezas de la vida me han enseñado a comprenderte y a quererte mejor; quisiera estar cerca de ti, escondida en tus brazos, como cuando pequeña llegaba a ellos confiadamente a decirte algún secreto importante.

Pronto he de irme por esos caminos de Dios; mas, por los senderos recónditos del alma, tu voz sabrá llegar siempre a ella en un canto de amor y de sabiduría.

¡Qué la paz sea contigo, madre!

Leticia Rivera.

Agosto 16 de 1942.

ARIEL

Aparecerá cada quince días en cuadernos de 32 páginas.

La serie de 3 números vale... ₡ 1.50
Número del día..... 0.60
Número atrasado..... 0.70

En Honduras y demás países de Centro América y en el exterior la serie de 3 números vale treinticinco centavos oro o su equivalente en moneda nacional.

EL ARBOL Y LA CULTURA

El árbol—primera techumbre bajo la cual se abrigó el hombre—compañero fiel de toda vivienda, símbolo eterno de los pueblos, objeto de culto en la Religión y en la Historia, primer templo y altar inicial del fervor místico, nartesio de los recuerdos familiares y sociales, sagrado en los ritos primitivos, y en la confesión cristiana hecho signo máximo de redención, de perdón y de sacrificio, requiere, ahora, una cruzada que lo defienda. Nuestras serranías, nuestros valles, nuestras planicies van perdiendo o han perdido su vegetación arbórea, las cumbres se ven decalvadas, las colinas sin su penacho airoso, las alturas sin el verdor viviente de sus cabelleras. De donde fué derribada la selva huye la vida también, se extien-

de el desierto, y el yermo, por la sequedad del suelo, ocupa el sitio que fué sociedad memorosa, abrigo de las aves, frutero de la muchachada traviesa y aventurera, regulador de las lluvias, surtidor de las corrientes, riego de las sementeras y alegría de los huertos.

De las plazas de los pueblos erigidos en torno a un árbol centenario o milenario, que diera abrigo al hombre primitivo y a la tribu desaparecida, y a cuya sombra se sentaran los ancianos a adoctrinar a los párvulos; de cuyas ramas pendían las frutas silvestres que rodaban a las manos de los mancebos y doncellas, a ungir sus labios con la dulcedumbre de sus jugos, fué derribado en noche negra de locuras alcohólicas. Las romerías que llegaran a visitar al gigante, sagrado como el árbol de Guernica, no volvieron a la plaza desnuda, que perdió su singularidad, y el pueblo sus atractivos y su historia, como que allí se congregaron sus fundadores, luego los comutereros criollos, después los soldados de la guerra. Los nombres de los guerreros grabados en su corteza se borraron de la memoria de las gentes y el del pueblo la de sus admiradores y visitantes.

La tala de los bosques donde nacían las fuentes, el derribo de la montaña circundante del hontanar, la quema de la selva que licuaba la nube y la trocaba en chorro de lluvias fecundas, ha secado los ríos de cada pueblo, en cuyos pozos y remansos en los días de sol y de holganza tropas de vecinos nadaban alegres ante la espectación de la chiquillería que esperaba su turno de aprendizaje, mientras el sancocho ritual humeaba en hogares encendidos junto a las piedras, bajo la sombra, tapizada de reflejos, de los guamos, de los alisos y de los pobos de renovado follaje. Ahora esos ríos de nuestra infancia son cauces secos donde las piedras semejan cadáveres, ídolos de templos derruídos, osario abandonado. Sólo en la crudeza del invierno resuenan sus tumbas arrancando de cuajo en su tumulto al último sobreviviente, adorno solitario, de la pedregosa y desombrada orilla. Las acequias que en múltiples venas distribuían el agua en los potreros y a las sementeras de riego en los veranos prolongados, son ahora cavas de arenas y de tierras y cascajo, por donde no corre un hilo líquido y en cuyas humedades gritan las ranas de la sequía pidiendo lluvia al cielo sordo. La agricultura, que llena las trojes e hincha la riqueza doméstica y la riqueza pública, se ha empobrecido y los conflictos vecinales por las ansiadas aguas, ahora muertas, siembran el desvío entre las familias y los trabajadores, cuando no pasan a pugras peligrosas y a sucesos lamentables. Los ríos, que daban la

paz y la riqueza, al huirse han dejado la guerra local con la sequía de los sembrados, y la escasez del riego, y han tornado agrios a los hombres, aislados por la ausencia de la sociedad diaria del baño en común en sus pozos desaparecidos.

El derribo bárbaro, la tala absurda deja sin sentido la geografía local, pues borrado el árbol que dió nombre a los sitios, el cedral queda sin cedros, la montaña sin selva, el calogordo sin nada, el pozo del guamo sin guamo y sin agua. Nombres de poblados indígenas, hoy pueblos en decadencia y miseria, son la negación de su etimología ambiente, pues no tienen ni bosques ni aguas suficientes. La nomenclatura geográfica es hoy antitesis de su significado de origen, como que, extinto el arbolado, la umbría, la alameda, el árbol corpulento, queda el nombre del lugar como rótulo sin contenido, como ataúd de despojos ignotos. Tierras de erosión que el sol calcina, arcillas agrietadas, volcaneras y derrumbes a cuyos perfiles muestra la tierra sus huesos son hoy los valles antaño umbrosos, las colinas arboladas, los selvosos manantiales. Al destruir el árbol aislado, último representante de especies que se extinguen, o la mata de monte condensadora de humedad y alumbradora de manantiales, huye el enjambre de pájaros cantores, y los frutales de los huertos caseros privados de sus espulgadores, agonizan, pierden la fecundidad, y las frutas antes lozanas caen al peso de los gusanos.

Cultura de la tierra repoblándola de árboles, y cultura del niño y del hombre son labores hermanas. Tierra sin sombrío, viviendas sin ramajes, son como infantes abandonados. Defender el árbol, resucitar su fiesta, sembrarlos a la vera de los caminos y de las calles; conservar y defender el bosque en los nacimientos de las corrientes, es hacer o rehacer la patria grande. La leyenda del árbol del paraíso, sembrado en el monte que después fué el Calvario, es la más hermosa de las verdades.

Bernabé Riveros.

¿QUIERE USTED HACERSE ESTIMAR?

En principio tenga por norma esta sentencia bíblica:—*No hagas a otro lo que no quieres que hagan contigo. Y no olvide estos diez consejos.*

1. Piense que todos tenemos aristas que pulir, y que un buen método para encontrar la bondad en otros es comenzar por ser buenos con ellos.
2. Sea leal. No se mofe de los amigos en su au-

- sencia, más bien defiéndalos.
3. No trate de justificar sus malas acciones buscando los defectos ajenos.
 4. No despierte resquemores para calmar sus sentimientos. Cuando sea usted víctima de críticas acerbas, ármese de carácter para ser capaz de perdonar. Demuestre así su grandeza.
 5. Piense que toda persona se cree cabal, y que si usted dice algo que quebrante su orgullo o vanidad jamás le brindará su simpatía.
 6. Sea tolerante y bondadoso. Interétese por aliviar los problemas ajenos y escuche con sincera atención cuando alguien le comunique sus dificultades.
 7. No hable mal de nadie y no se canse de decir todo el bien que sepa de aquéllos de cuyo honor se ocupan cuando usted está presente.
 8. No se rebaje repitiendo comentarios en contra de la reputación del prójimo. Ensáyese en alabar a los demás, y se convencerá de que no hay nada más bello y eficaz para caer bien en todas partes.
 9. Ese tiempo que usted malgasta en llevar y traer noticias tontas o en alimentar sospechas que le hacen sufrir, inviértalo en pensar o leer buenas obras para cultivar su criterio. Así tendrá buenas opiniones, luego ejecutará buenas acciones, y sólo éstas lo elevarán firmemente en el concepto de sus semejantes y le darán felicidad.
 10. Sea atento, desinteresado y agradecido y reconozca pronto sus errores para no quejarse de los otros.

Irene Silva de Santolalla.
(Peruana).

En la antigüedad, y sobre todo los pueblos orientales eran muy versados en venenos. El rey Atalo III de Pérfamo tenía un jardín en el que cultivaba plantas venenosas que, al igual de Cleopatra, ensayaba sobre los criminales a fin de cerciorarse de su eficacia. En este y en otros frecuentes hecho semejantes se refleja la íntima unión que existía en lo antiguo entre la muerte y la vida.

Esperamos que las revistas y periódicos que reproduzcan los textos de *Ariel*, indiquen su procedencia. Esto lo creemos de justicia, pues nos irroga mucho trabajo la esmerada labor de selección.

LO QUE FUE

Tristeza de los árboles sin yema ni retoño
paisaje, hoy sin sonrisas, que antaño amó el amor,
y donde, bajo el signo dorado del otoño,
romántica no brilla la Estrella del Pastor.

Todo un pasado muerto sobre los bosques pesa
con dichas extinguidas y nombres de mujer,
pero ni el desamparo de ese paisaje expresa
lo que expresa esta sola breve palabra: ayer.

Evocaciones tristes, dolor sin esperanza
de recordar los tiempos que fueron y no son
entre los troncos grises y la voluble danza
de la hojarasca mustia que impele el aquilón.

El tiempo inexorable que todo mella y trunca
se lleva lo que amamos para jamás volver
y no podrán los labios decir ni expresar nunca
lo que expresa esta sola breve palabra: ayer.

Eduardo Castillo.

PAGINA DE LA VIDA DE AUGUSTO, PRIMER EMPERADOR ROMANO

Cuando Octavio hizo las paces con Sexto Pompeyo (40) se casó con su parienta Escribonia (por razones políticas), de la que tuvo una hija. Esto no impidió que dos años después se divorciase de ella por haberse enamorado locamente de Livia, la bella esposa de Tiberio Claudio Nerón, padre del después emperador Tiberio. La pasión de Octavio era tan ardiente que, no pudiendo esperar que Livia diera a luz el hijo de su primer esposo, del que estaba en el sexto embarazo, exigió que sin dilación se divorciara de Claudio para casarse con él. Mas como no podía tomar sobre sí la responsabilidad de semejante transgresión de la ley, acudió en consulta a los sacerdotes para saber si estaba permitido. Estos, tras de preguntar a los libros, dieron una respuesta cuyo sentido estaba ya resuelto de antemano:

—Si fuera dudosa la paternidad del hijo de Livia habría que demorar la boda hasta después del alumbramiento; pero sabiéndose a punto fijo quien era el padre de la criatura, nada impedía celebrar el casamiento.

Así se vió el poco frecuente espectáculo de una mujer que concibe un hijo de un marido y que ya tiene otro cuando aquel viene al mundo. Como si no fueran bastante íntimas las relaciones que mediaban entre los dos maridos de Livia, Tiberio Claudio asistió a la boda de su recién divorciada mujer con Octavio, dando esto lugar a un cómico incidente. Livia, como todas las aristocráticas damas romanas de la

época, tenía en casa algunos adolescentes para recrear la vista con la gracia de sus cuerpos. Uno de éstos, que no se había enterado de nada, al ver a su ama reclinada junto a Octavio en el festín, corrió hacia ella diciendo:

—¿Qué haces, señora? Allí está tu esposo. Y señalaba a Tiberio Claudio.

No es difícil imaginarse los accesos de hilaridad a que daría motivo la ingenuidad del muchacho.

Cuando por fin nació el niño tenía éste dos padres: el que le había engendrado y el que se había casado con su madre. Octavio envió la criatura a su verdadero padre, anotando el hecho en su diario con estas palabras:

“Hoy ha dado a luz un niño mi esposa Livia y yo se lo he enviado a su padre Tiberio Claudio Nerón.”

Nada tiene de sorprendente el que todo Roma comentara con fruición tan divertido incidente, que alguien condensó en esta frase:

—La suerte es tan favorable a nuestro Octavio que a los tres meses de casado ya le ha hecho padre.

Oscar von Wertheimer.

COLECCIONES DE ARIEL

Números. 1 al 120 (2 tomos empastados)..... ₡ 90-

Para ARIEL

¿DONDE SERÁ?

¿En qué sendero perfumado de nardos, a orillas de qué lago de ensueño lo encontraré?

¿Bajo qué cielos de azur se cruzarán nuestras miradas? ¿Qué brisa me traerá el arrullo de su voz?

¿Qué césped de terciopelo hollarán juntas nuestras plantas, o en qué arenas doradas se dibujarán nuestras sombras, tan unidas, que serán una sola sombra?

No sé dónde lo encontraré. Pero conoceré que es El, porque en ese instante florecerán todas las rosas y entonarán alaluyas todas las aves, me besarán las brisas y me arrullarán los mares, y el loco latir de mi corazón será un himno triunfal.

¿Dónde será que le encontraré?

Ahora, sólo una cosa percibe mi alma que le ama, y es lo que murmuran las auras y los pájaros y el mar: ¿Dónde será? ¿Cuándo será?

Myriam Francis.

DIPLOMATICOS ESCRITORES Y POETAS

del prólogo de *Hombres y conceptos americanos*, de Diego Córdoba

Los gobiernos, y en especial los gobiernos de América, nunca apreciarán suficientemente la importancia que tiene, para la buena representación en el extranjero, que los funcionarios del ramo sean no solamente gentes de mundo y hábiles negociadores, sino hombres de pensamiento, capaces de extender su acción a la prensa, a la tribuna y a la cátedra, poderosos medios de difusión y propaganda. En este sentido estoy seguro de que las actividades que se reflejan en este libro, han obtenido en los últimos años resultados más provechosos para el buen nombre de Venezuela que todos los esfuerzos que se hubieran realizado en otros aspectos.

Y no se diga que los diplomáticos escritores o poetas son casos raros o frutos exclusivos del tropicalismo americano. Desde Chateaubriand hasta Paul Claudel la Francia nos ofrece numerosos ejemplos de que el derecho internacional y las bellas letras están muy lejos de ser disciplinas incompatibles o antagónicas. Desde don Juan Valera hasta Salvador de Madariaga y Ramiro de Maeztu, España también nos presenta casos de idéntica tendencia. En América bastaría con citar a Rubén Darío, a Amado Nervo, Alfonso Reyes, los García Calderón, Zaldumbide, Jaimes Freyre y Arguedas, actual ministro de Bolivia en Venezuela. (*) Bienvenidos pues los diplomáticos que escriben, cuando el escribir es para ellos actividad noble y discreta. Dios nos libre, en cambio, de los grafómanos de espadín y de bicornio, que por vanidoso afán de publicidad suelen condenarnos a soportar sus rípios o escuchar su oratoria pedantesca y vacua.

Enrique Finot.

(*) Podrían agregarse los nombres de Enrique González Martínez, Francisco A. de Icaza, Rufino Blanco Fombona, Ismael Enrique Arciniegas, Fontoura Xavier, Alberto M. Candiotti, y cuarenta más.

LUCES DE RADIUM

—Decía Filartus al ver una mala acción:—Si las ideas, sentimientos y ambiciones tuviesen olor, más de una vez se advertiría que son insoportables.

—Es en la naturaleza donde hemos de acomodarnos. No pretendas superarla, incauto: sé digno.—Piquetus.

—Vive ante todo; obra entre tanto.—*Silverio*.

—No mientas, pero tampoco lo digas todo.—*Juliano*.

—Cuida del fondo y guarda las formas.—*Rufinus*.

—Poca prédica y mucha obra.

—Abre la vaina para ver que hay dentro.—*Xavierus*.

—Nada más triste que el sentirse morir sin haber comprendido.—*Zumfelio*.

—Tolerar a los malos es perjudicar a los buenos.—*Lasplacio*.

—El arrepentimiento no deshace lo hecho.—*Hectorio*.

—No hay recurso que no pueda volverse contra ti.—*Aguirreo*.

—Decimos que las abejas nos dan su miel... cuando se la robamos.—*Vicenzio*.

—Mejor será que seas ecuánime con los vivos que pródigo con los muertos.—*Cabanilius*.

—La palabra engaña; la obra no.—*Osvaldus*.

—Tuve ocasión en Francia—escribió Saldías—de enseñar la Gramática y el Diccionario al sabio Ernesto Renán, quien los retuvo en su poder algunos días, al cabo de los cuales me manifestó una opinión en extremo favorable para dichos trabajos. Llegó a prometerme una introducción para publicarlos; pero desgraciadamente falleció en esos meses, dejando en las ciencias y en las letras francesas un vacío profundo.

Rosas anotaba, en forma de máximas, sus pensamientos morales, y así escribió, entre muchos otros diseminados en su correspondencia con Josefa Gómez, los siguientes:

—El que llora los males antes de tiempo, los llora dos veces.

—Sólo es dado vivir tranquilos a los ignorantes y a los estúpidos que no piensan ni sienten. Nuestro Señor Jesucristo dijo:—*Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos!*

—Uno de los papeles más importantes que hay algunas veces que representar es el de tonto.

—El mayor tormento es quedar solo y extranjero en medio de generaciones que nos desconocen.

Carlos Ibarguren.

Ciro el Grande había puesto sobre su sepulcro estas palabras:

—*¡Oh mortal, quien quiera que seas, y de donde quiera que vengas (porque ya sé que has de venir), yo soy Ciro, el fundador del Imperio persa. No me envidies el montón de tierra que cubre mi cuerpo.*

Alejandro el Grande visitó el sepulcro y le impresionó mucho el epitafio, que defendía ante la inseguridad y las vicisitudes de las cosas del mundo. El sepulcro fué violado y Alejandro hizo dar muerte al autor del sacrilegio

Emitiremos un breve juicio sobre los libros que nos remitan sus autores o las casas editoriales.

JUAN MANUEL DE ROSAS ESCRITOR

(Fragmento).

El hombre de formidable acción que fué Rosas en su patria, tornóse en su largo ostracismo en meditabundo. Estudiaba, observaba en el sosiego de su retiro la evolución de la sociedad, exprimía el zumo de su experiencia para volcarlo en reflexiones. Había planeado y empezado varias obras: una acerca de la política que se titulaba *La ley pública*; otra de índole filosófica: *La religión del hombre sea cual fuere su creencia* y además su autobiografía. Todos esos trabajos quedaron como apuntes inconclusos. Escribió también una *Gramática* y un *Diccionario de la Lengua Pampa*, cuyo texto original y completo pasó a manos del doctor Adolfo Saldías.

Página exclusiva para ARIEL

MAS ALLA DEL IXTACIHUATL

Hoy mis ojos claros brillan con el brillo de las lágrimas, suben hasta el borde de mis pestañas y derramándose bajo los párpados riegan todo el óvalo sin que lleguen a cristalizarse en una gota que rueda, parecen devolverse haciendo nido en mi garganta.

En mis dedos tiembla una carta y tiembla en mi boca el beso.

En esa carta la más amorosa frase que pudo ser escrita, y detrás, límpida como un cielo despejado, aquella mirada azul que se iluminó siempre al calor de mi ternura...

Ayer fué el día para las Madres... Más allá de las cumbres inaccesibles, más allá de las nieves perennes del Ixtacihuatl y del Popo, allá en una ciudad muy grande y muy lejana, está un corazón que me llama *la Madrecita*

más linda de la Tierra—vuelve en mis ojos a cuajarse el llanto y se devuelve formando nido en mi garganta—*¿hoy se sentirá más madre que nunca!* Y oigo en el fondo de los años una yocecita dulce y me ilumina una mirada azul que brilla al calor de mi ternura... Unos bracitos se alzan buscando mi cuello—es entonces fresca mi cara y muy rosada ¡esplendorosos mis dientes! y suave y muy sedoso mi cabello—y alzando aquella carita hasta mi cara hay un revuelo de risas y de besos y un aletear de manitas de luz...

Hoy mi beso no puede cuajarse y cruzando los aires, millas tras millas habrá de volar buscando una noble, una hermosa y despejada frente que espera mi beso allá en un punto de la Tierra... Por la que hoy brillan mis ojos con el brillo de las lágrimas.

Amalia de Sotela.

Agosto de 1942.

Dijo Pericles, en el último instante de su vida que, mientras estaban todos a su alrededor por cosas que otros pudieron haber hecho lo mismo que él, no tenían presente la parte más grande y honrosa de su carácter, *que por culpa suya jamás había habido un solo ateniense que hubiera tenido que llorar.*

COMO CONOCER EL ORO

No sé si habéis visto el medio que tienen los plateros para conocer el oro. Usan una piedra de toque (que es un pedernal negro) muy pulimentada y en ella hacen una raya con el metal que quieren reconocer; echan luego sobre esta raya una gota de agua fuerte (ácido nítrico) y si es de oro la raya no desaparece, porque el oro es insoluble en el ácido nítrico; si fuera plata desaparecería la raya, porque la plata sí es soluble en aquel ácido.

LA VOZ DE DIOS

Cuando Teodoro Parker tomó una piedra para lanzarla contra una tortuga de un estanque, se sintió contenido por una fuerza interior. Marchóse a su casa y le preguntó a su madre qué fuerza era aquella. Díjole ella que era lo que comúnmente se llama conciencia, pero que ella prefería llamarla *la voz de Dios dentro de nosotros.*

—Esto—dice Parker—constituyó el punto de

partida de mi vida.

Y éste fué su modo de aceptar la verdad de la divinidad del Espíritu Eterno que habla a nuestro propio espíritu.

VIDA REMOTA

¿En que mundo pretérito gozara del amor de tu espíritu radiante, oh dulce virgen misteriosa y rara, de inmaterial belleza alucinante?

¿Gocé tu alma en la ignota primavera de una región de encanto peregrino?
¿Es mi leve añoranza una quimera?
¿Cruzó tu sombra grácil mi camino?

Cuando admito en silencio tu hermosura surge remota remembranza oscura de mi ser, evocando íntimas cosas...

En una tarde azul nos encontramos y pórticos de mármoles cruzamos coronados de mirthos y de rosas.

Froylan Turcios.

COMPRADOR DE LIBROS: antes de obtener una obra cerciórese bien de que está completa. No exhiba su ignorancia y candidez comprando—atraído por los precios irrisorios—volúmenes que sólo contienen, editados en pésimo papel, la mitad, cuando no una tercera parte de su texto original.

CASTIGO ORIGINAL

El duque Carlos Guillermo de Brunswick, que vivía a principios del último siglo, daba mucha importancia a la observancia de las fiestas y domingos.

Supo un día que los labradores de un pueblo tenían la mala costumbre de reunirse durante el Oficio Divino en una taberna, donde, bebiendo mataban el tiempo que debían pasar en el templo. En vano los sacerdotes y las autoridades clamaban contra este abuso; los bebedores continuaban en su mala inclinación.

El duque, vestido con un viejo levitón y abrochado hasta arriba, se dirigió una mañana a dicha taberna. Doblaban las campanas en el templo, llamando a los fieles cuando se presenta la *banda de mosquitos*, precedida de un personaje ancho y de peso, y que por su nariz rubicunda y su cara iluminada, manifes-

taba ser el presidente de aquella alegre sociedad.

Siéntase al extremo de la mesa y manda a tomar asiento a su lado al duque sin decir palabra, no sin echarle por eso una mirada de través, como quien recela del nuevo convidado, al cual nadie recuerda haber visto en la taberna. Sin embargo, el tabernero pone delante del presidente un enorme cántaro de aguardiente. Este lo toma con ambas manos, bebe una dosis y lo presenta al duque, diciendo:

—Pasa esto a tu vecino.

El cántaro, pues, da la vuelta por toda la mesa, llega de nuevo al presidente, quien después de darle un beso afectuoso lo remite otra vez al duque, circulando con la misma rapidez. Cada convidado lo abraza sucesivamente con felicidad y lo suelta, diciendo:

—Pasa esto a tu vecino.

A la tercera vuelta del famoso cántaro se levanta el duque con furor, desabrocha su levita y dejando ver a todos su uniforme bien conocido y sus insignias de soberano, da con todas sus fuerzas un solemne bofetón al presidente, parodiando su frase:

—Pasa esto a tu vecino.

Como éste titubease sacó el duque su espada y gritó:

—Si alguno de vosotros da con demasiada compasión y calma, que tiemble.... porque sabré hacer justicia y pronto.

A esta amenaza se levantan los brazos, lueven bofetadas de uno a otro extremo de la mesa, cinco o seis veces consecutivas con la velocidad del rayo y con el estruendo de una tronada, hasta que, al fin, satisfecho el príncipe con este singular castigo, los deja en paz.

Y cuentan que el domingo siguiente ninguno de ellos tuvo la tentación de entrar de nuevo en la taberna.

ELOGIO DEL CABALLO

La más noble conquista del hombre es la del caballo, animal generoso y gallardo que comparte con él los riesgos de la guerra y las glorias de las batallas. Afronta intrépido los peligros, se acostumbra al estrépito de las armas y se anima a la par que el guerrero que lo guía. Animal tan dócil como enérgico, no se deja, sin embargo, llevar de su ardor: sabe reprimir sus movimientos, obedece a la mano del que lo gobierna y hasta le adivina sus deseos: cediendo con precisión admirable a los

impulsos que de él recibe, se precipita, se modera o se para, y no da un paso que no sea para satisfacer dichos impulsos; es un animal que renuncia a su propio ser, y no vive más que para satisfacer la voluntad de su dueño y hasta sabe prevenir dicha voluntad y expresarla con la rapidez y precisión de sus movimientos. Comprende lo que de él se solicita; nunca se excede a realizar lo que se le ordena; se abandona sin reservas; nada rehuye y en el cumplimiento de su deber emplea todas sus energías, hasta agotarlas y si es preciso sabe morir para obedecer mejor.

Buffon.

BUFETE DURÓN

Law office.

Tegucigalpa, Honduras, C. A.

LAS PALABRAS ETERNAS

—La dulce misericordia constituye el verdadero emblema de la nobleza.—*Shakespeare.*

—Todo en la naturaleza es la representación del universo, desde el átomo hasta el hombre. (Concepción ocultista del siglo XVI).

—Cuando la obscuridad caiga sobre todo, y caigan las últimas bamboleantes columnas, coge el pobre polvo que tu misericordia callienta y modélalo en formas celestiales.—*Wendell Holmes.*

—Oigo una voz que no podéis oír, que dice que no debo quedarme; veo una mano que no podéis ver, que me hace señas para que me vaya.—*Tickell.*

—¡Oh vida! ¡Oh muerte! ¡Oh mundo! ¡Oh tumba, en quienes todo fluye! A vosotros corresponde hacer sublime nuestro destino con vuestro gran peso de dolor. Esta es nuestra vida, mientras gozamos. Declinamos en ella como el sol, que vuela más rápido que una flecha, y no obstante ningún hombre nota que se mueve... ¿No vuelve la tierra a la tierra y no se ha de poner nuestro sol lo mismo que el de ellos cuando llegue la noche?—*Enrique Smith.*

CONOZCAMOS NUESTRO IDIOMA

Agnositismo. Doctrina filosófica que declara inaccesible al entendimiento humano toda noción de lo absoluto.

Agerasia. Vejez libre de achaques.

Agora. El ágora, plaza pública en las ciudades griegas.

Agromanía. Pasión excesiva por la vida del campo.

Ajardar. Levantar la voz, gritar hasta enronquecer.

Albairé. Huevo de gallina.

Albartín. Papel que se pone en las puertas, balcones o ventanas como señal de que la casa se alquila.

Albalá. Documento.

Albéitar. Veterinario.

Alburgo. Mancha blanca de la córnea; pequeñas manchas blancas de las uñas.

Alcándara. Percha o varal donde antiguamente se ponían las aves de cetrería o donde se colgaba ropa.

Alcatifa. Tapete o alfombra fina.

Alcor. Colina, collado, otero.

Algido. Frío, glacial. Disparate usado como *ardiente, acalorado.*

A precios más bajos que los de cualquiera otra librería encontrará las obras que desee en la **LIBRERÍA ARIEL.**

Dirección: 60 Varas al sur de la Capilla del Seminario, frente a la residencia del padre Kern.

Versos del Ayer

MARINA

(Letra de una canción hondureña)

Marina

divina,

fragante y preciosa,

de mórbido cuello,

de labios de rosa

y de ojos extraños de triste mirar:

admiran tu encanto las mágicas flores,

las almas por tu alma suspiran de amores,

arrullan tu sueño las ondas del mar.

Es música leve tu cálido acento,

tu paso es un ritmo sereno y sutil:

tu voz enamora, perfuma tu aliento,

y el viento

Marina

divina,

ligero acaricia tu gracia gentil.

Admiro en silencio tu dulce belleza.

Tus ojos anuncian la suave tristeza

de un vago dolor.

Que el llanto no empañe tu mirar de niño,

que el pesar no pliegue tus alas de armiño;

que el vasto rumor

del golfo azulado no apague tu ensueño
y que en la alborada de un abril risueño
tu ser ilumine por siempre el amor.

Marina

divina,

de acento de música, de labios tan rojos,

de tu fresca gracia ¿qué pide el cantor?

Sólo una mirada de tus lindos ojos,

sólo una sonrisa de tu boca en flor.

Froylán Turcios.

Isla de Arenas Doradas,

enero de 1918.

EXPRESION CRISTIANA

El hombre está al borde de un abismo. Tembláis por el sonámbulo que se pasea, sin saberlo, sobre el borde de un precipicio y no tembláis por el hombre que camina pensando en otra cosa a lo largo de la muerte. Desgraciado el que vive con los ojos abiertos sobre el mundo material y las espaldas vueltas al mundo desconocido.

Victor Hugo.

EXPERIMENTOS EXACTOS

Hace años Crookes comprobó hasta la evidencia que el cuerpo humano, en el momento del tránsito, pierde una cantidad de peso, lo cual es exactamente la que da el fantasma materializado. Con fecha más cercana, cuando en Londres la debatida cuestión de si el alma era ponderable o no lo era se convirtió en tema científico de actualidad, hicieronse experimentos con diversos moribundos y en todos se encontró que, después de expirar, sus cuerpos acusaban una pérdida idéntica de peso. Y aun pudiera enlazarse con tales hechos el más general de que, en los casos de muerte por hambre (inanición (enteroptose, diátesis crónica, cáncer del píloro, etc), se ha observado comúnmente el síntoma de que la piel de los enfermos, en el período agónico, se vuelve como papel de estraza y despiden un olor ratonil.

Edmundo González-Blanco.

NOTAS

En una de nuestras próximas ediciones publicaremos nuestra profunda expresión de duelo por la muerte de nuestro ilustre y querido amigo, el historiador y poeta, y hombre de alto espíritu, Dr. Rómulo E. Durón gloria de Honduras.